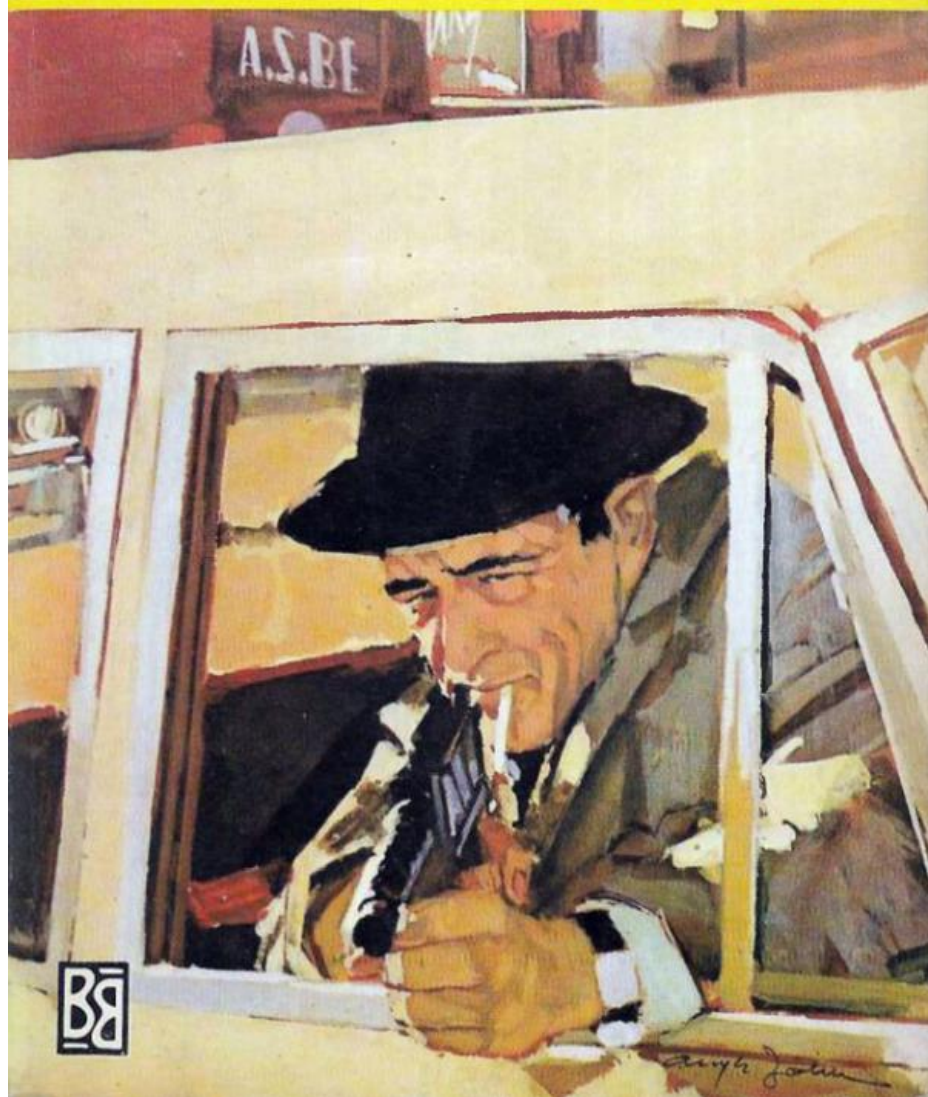


PUNTO
ROJO

muerte en el paraíso

Burton Hare



BB

MUERTE EN EL PARAISO



BURTON HARE

MUERTE EN EL PARAISO

Colección

PUNTO ROJO n.º 157

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL

BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BUENOS AIRES



Depósito Legal B 4086 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: abril 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© ANGEL BADIA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965**

N. R. 1013/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

153 — La muerte anda suelta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

767 — A la muerte le gusta el jazz.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

48 — Un crimen a la medida.

PRÓLOGO

Un paraíso en technicolor, chillón y brutalmente alegre, con la amarga alegría del borracho.

Millones de luces de todos los colores. Millares de anuncios parpadeantes de tan vivas tonalidades que dejan pálidos los colores del arco iris.

Gentes vociferantes apretujándose en las aceras. Riadas de coches avanzando a paso lento por las calles, los más lujosos autos del mundo dándose cita en un desfile enloquecedor, empujándose unos a otros.

Eso es Las Vegas.

Rótulos luminosos anunciándolo todo: Iglesias de todas las confesiones imaginables, con su letrero parpadeante sobre el tejado, con servicio durante toda la noche. Bares y más bares rutilantes de luz cuyas puertas, no se han cerrado jamás desde que fueron abiertos. Farmacias en las que puede adquirirse todo cuanto uno pueda imaginar, con o sin receta, y abiertas toda la noche.

Eso es Las Vegas.

Enormes escaparates con luces cegadoras abarrotados de anticonceptivos, con servicio permanente las veinticuatro horas del día. Jueces cuyo anuncio luminoso es tan grande como el de los burdeles disimulados bajo la máscara de ranchos de pega...

Eso sigue siendo Las Vegas.

Un delirio llameante de luces, letreros, nombres de casinos, casas de juego, cabarets, bares, restaurantes, farmacias, jueces, capillas, burdeles, hoteles; resplandores cambiantes de luz que guiñan, caen en cascada o saltan hacia las estrellas, o explotan en torrente llamando al turista y al incauto, tentándolo con lúbricas siluetas ondulantes, excitándolo parpadeantes...

Eso es también Las Vegas.

Estruendo de tocadiscos automáticos, chasquido de las ruletas, repiqueteo de las máquinas tragaperras, chillonas risas de mujeres, adormilados empleados de hotel, voces secas y monótonas de los *croupiers*, siseos, cantos destemplados, tintineo de cajas registradoras, sonido de dólares de plata, chillidos, gritos, riñas y pendencias y silbatos de la policía y vociferantes borrachos...

Las Vegas.

Y los más rutilantes y lujosos hoteles del mundo, con piscinas iluminadas y rodeadas de las más espectaculares mujeres... Mujeres de

enseñen luciendo diminutos bikinis, de servicio toda la noche, exhibiéndose para los huéspedes, complaciéndolos, siempre sonriendo, viviendo vertiginosamente, amando vertiginosamente... y muriendo también vertiginosamente.

En Las Vegas, Nevada.

Porque también en Las Vegas se muere, igual que en el más remoto, silencioso, miserable y triste rincón de la Tierra.

Pero nadie piensa en la muerte en Las Vegas a pesar de los enormes anuncios de las funerarias y empresas de pompas fúnebres. Funerarias de todos los credos que la estupidez humana ha podido imaginar, desde los *Testigos* hasta los *Huéspedes del Edén*.

Tal vez el único que pensaba en la muerte en toda la calle Fremont, abarrotada y ruidosa, fuera Larry Nash.

Su mirada captaba solo de manera anecdótica el bullicio que le rodeaba y los estallidos de colores que centelleaban sobre su cabeza. Toda su atención, todos sus sentidos, estaban concentrados en los hombres que transitaban a su alrededor. De cualquiera de ellos podía surgir la muera: en sus formas más violentas.

Porque era indudable que le habían identificado. Estaba descubierto y no albergaba demasiadas ilusiones. La partida era tan condenadamente importante que su vida había perdido el valor.

Y en medio del vociferante paraíso que le rodeaba resultaba un absurdo pensar en la muerte... no encajaba con el decorado. Esta idea le acudía a la mente una y otra vez, como una burla, un sarcasmo macabro. Era una especie de broma que le gastaba el subconsciente, la tensa broma de las trincheras en la hora cero, cuando la vida y la muerte se funden tan íntimamente que uno se ve impotente para pensar en ellas objetivamente.

Más, si alguien le seguía resultaba imposible descubrirlo. Larry apretó los dedos alrededor de la automática que llevaba en el bolsillo.

Finalmente optó por arriesgarse. Dobló la primera calle lateral que halló a su paso y avanzó por ella apresuradamente, alejándose del concurrido centro. Así le sería más fácil descubrir a un posible perseguidor.

Pero se cansó de deambular por calles apenas transitadas, residenciales, hasta las que apenas si llegaba un débil rumor del estruendo que dejara atrás, sin que nada sospechoso pudiera ver a su alrededor. Respiró con alivio y decidió regresar al hotel. En la habitación estaría más seguro, y de su seguridad dependía el éxito del plan. No podía exponer ese triunfo bajo ningún pretexto. Era preciso desterrar el miedo, pero también era indispensable obrar con la prudencia suficiente para sobrevivir a los acontecimientos.

No halló ninguna dificultad para encerrarse en su habitación. Aquel era un hotel todo lo tranquilo que se puede pedir en Las Vegas. Solo de vez en cuando llegaban hasta su ventana los rumores de la sala de juego

establecida en la planta baja, y estaba alejado de las calles principales para que su estruendo quedara amortiguado por la distancia.

Larry Nash despojóse de la húmeda chaqueta, que arrojó descuidadamente sobre una silla. Extrajo la automática del bolsillo y la ocultó bajo la almohada de la gran cama. Después consultó su reloj. Faltaban solo unos minutos para la llamada de la cual dependía todo.

Se paseó de un lado a otro a oscuras, atisbando de vez en cuando por entre las cortinas que cubrían la abierta ventana. El calor era pegajoso, enervante, y no soplaba el más mínimo aliento de aire hasta el punto que las finas cortinas pendían inertes, como seres muertos...

Larry sentía la garganta seca. Le hubiese gustado bajar al bar y engullir un par de bebidas heladas, pero resultaba demasiado arriesgado. Tema que mantenerse fuera del alcance de cualquier enemigo...

Finalmente, se acercó al teléfono, lo descolgó y esperó la señal de que tenía línea libre con el exterior. Cuando marcó el número en el dial advirtió que sus dedos temblaban un poco. Eso acabó de ponerlo de mal humor.

Escuchó una voz de mujer, un poco ronca y seca, cual si procediera de alguien tan tenso y alerta como él mismo.

—Le habla su amigo —pronunció suavemente.

—¿Qué amigo? —inquirió la voz.

—¿No me recuerda? El de la otra noche... el de la rosa.

—¡Oh, sí! Hable...

Era la contraseña. La voz de la mujer perdió instantáneamente su sequedad. Larry casi pudo percibir el suspiro de alivio que exhaló.

—Todo arreglado —añadió Larry—. ¿Cuándo podré verla de nuevo?

—¿Y su compromiso...?

—Solucionado.

—¿Quiere decir que...?

—Sí. No tuve más remedio, preciosa. Pero usted lo vale. ¿Cuándo nos vemos?

—Bueno... ahora son cerca de las doce... ¿Le parece bien a las dos? Entonces estaré libre.

—Perfecto. Iré a buscarla. Y tenga mucho cuidado hasta entonces... ¿Me comprende? No me gustaría que se fuera con alguien que viniera por usted antes que yo...

—Entiendo. Tranquilícese, le esperaré a usted.

—Gracias, querida.

Colgó y se quedó unos instantes al lado del aparato, pensativo. Casi sonrió al pensar en lo que verdaderamente encerraba la aparentemente, intrascendente conversación que acababa de sostener.

Nadie podía imaginar que el compromiso solucionado era nada menos que un hombre muerto, un cadáver que los buitres del desierto

despedazarían en cuanto amaneciera.

Sacudió la cabeza. Notó la lengua pegada al paladar, como si fuera papel de lija. Necesitaba un trago o no aguantaría la larga espera hasta las dos...

No obstante, resistió la implacable ansia que le acuciaba. Estaba acostumbrado a la disciplina, de manera que logró dominarse y solo cuando su reloj señaló la una y media se levantó de la cama, tomó la pistola, que guardó en el bolsillo y sin molestarse en ponerse la chaqueta salió de la habitación.

Atravesó el vestíbulo del hotel sin dirigir ni una mirada a la entrada del bar por temor a sucumbir. Sus deseos de beber eran casi obsesionantes.

Anduvo despacio, como un paseante nocturno cualquiera, acercándose al aparcamiento del hotel donde estaba el coche que había alquilado dos días antes. Si todo salía como era de esperar, antes de una hora estaría corriendo por la ruta del desierto alejándose de la condenada ciudad llameante y ruidosa.

Sacó las llaves del bolsillo y abrió la portezuela delantera, se acomodó ante el volante e introdujo la llave de contacto.

Entonces escuchó la voz:

—Tienes un revólver apoyado en tu nuca, compañero.

No te muevas.

Todo su cuerpo se envaró. Sabía lo que aquello significaba.

—¿Qué demonios...?

Su intento de protesta no sirvió de nada.

—No hagas tonterías, Nash, o como te llames. Quiero ver tus manos sobre el volante...; así está bien...

Una sombra se destacó de entre los autos aparcados y se acercó rápidamente. Aquella sombra abrió la portezuela del otro lado del auto, lo que explicó a Larry por dónde había entrado su primer enemigo.

El recién aparecido murmuró:

—¿Todo bien, Billy?

—Okey, Moncton. Toma tú el volante. Nuestro amigo le deja su sitio amistosamente... —el contacto duro en su nuca se hizo casi doloroso cuando el pistolero le ordenó—: Vamos, deslízate por el asiento sin bajar las manos.

Larry obedeció. No tenía más remedio que hacerlo en esas circunstancias, de manera que el tipo que había surgido igual que una sombra rodeó el coche y colocó su humanidad tras el volante. Instantáneamente, el motor comenzó a zumbar y el auto se puso en movimiento, apartándose del cordón de otros vehículos.

—No muevas ni las pestañas, Nash, o te pondré los sesos al revés —le advirtió su captor—. Tenemos un corto viajecito por delante y vamos a hacerlo sin alboroto. ¿Estamos de acuerdo?

Larry pensó que debía representar su parte del papel.

—Están cometiendo un error, amigos —dijo—. No tengo suficiente dinero para un atraco de esos...

—¿Oyes eso, Billy? —cacareó el que estaba en el asiento trasero, tan alegre como si acabara de escuchar un chiste—. El tipo no tiene dinero.

Su compinche coreó su risa y después gruñó:

—Me pregunto quién lo tendrá si no es él... ¿Por qué no aprovechas el tiempo, ahora que salimos a la carretera?

Era cierto. Larry advirtió que el coche rodaba a creciente velocidad y que estaban adentrándose en la ruta del desierto. Una ráfaga de aire caliente azotó el coche y se coló por la ventanilla abierta. Era un viento extraño, silencioso y tan ardiente como si procediera de la boca misma del infierno. Parecía elevarse del suelo en bocanadas compactas y cada vez más fuertes...

El pistolero que estaba a sus espaldas refunfuñó:

—Creo que tienes toda la razón, Moncton. Vamos a empezar ahora mismo. Atención, Nash...

—Se equivocan ustedes...

—Seguro, seguro, compañero. Ya lo sabemos. Somos tan estúpidos que no podemos reconocer al tipo que desde hace dos días tenemos ante las narices... ¿Dónde está el paquete, Nash?

—Ya les dije que están en un error. No sé nada de ningún paquete.

Sin previo aviso, sin que ninguna exclamación pudiera delatar la acción que se disponía a emprender, el pistolero descargó un salvaje culatazo sobre la clavícula de Larry.

Este lanzó un aullido de dolor y cayó contra la portezuela. Sintió el chispazo de dolor extenderse por todos sus nervios, recorrerle el cuerpo y dejándole parte de este paralizado. Tras esto, la locura de dolor pareció estacionarse en su hombro y Larry comprendió que le habían roto la clavícula.

Lamentó no recordar las oraciones que alguien le enseñara de pequeño. Supo que había llegado la ocasión de rezar, como rezan todos los condenados a muerte.

—¿Y bien, Nash? —gruñó la voz, a sus espaldas—. Vas a responder tarde o temprano, de manera que no te pongas tonto. Tenemos mucho tiempo por delante... y a ti te quedan muchos huesos enteros todavía. ¿Qué me dices?

—No sé nada. ¿Por qué no vuelven atrás y buscan al tipo que realmente les interesa?

—El tipo que nos interesa está en este coche, bastardo. ¿Dónde lo escondiste, Nash? Y no vuelvas a negar...; sabemos que te has cargado a Graves para apoderarte del paquete, así que ya ves que no consigues nada con hacerte el héroe. ¿Dónde, muchacho?

—No sé de qué me hablan...

Moncton soltó un juramento.

—¡Dale duro, Billy! —exclamó, impaciente.

Larry intentó acurrucarse en su rincón, pero el golpe le cazó en mitad de su intento. El revólver martilleó justamente en el lugar ya castigado y todo el dolor del mundo pareció concentrarse dentro de su cuerpo.

Larry gritó, al borde de la inconsciencia. Le parecía sentir el cuerpo atravesado por mil cuchillos, mientras una maza le astillaba la clavícula. Una espesa niebla comenzó a extenderse ante sus ojos y las fuerzas le abandonaron.

Billy rió, pero le resultó una risa áspera y brutal. Estaba poniéndose furioso por momentos.

—¡Venga, héroe! —gritó—. Saca tu pistola. Sé que la llevas... ¡Anda, sácala para que pueda volarte la cabeza de una vez!

El que conducía gruñó una maldición antes de advertir a su compinche:

—Lo que tienes que hacer es quitársela, idiota. No podemos matarlo hasta que haya soltado cuanto sabe...

—Me gustaría que empuñara su pistola —insistió Billy—. Sí, me gustarla mucho...

Un nuevo mazazo aplicado con toda su furia homicida arrebató las últimas fuerzas de su víctima. Larry quedó jadeando, medio caído sobre la portezuela, gimiendo intermitentemente, y Moncton protestó:

—No seas bestia, Billy. Lo necesitamos vivo y con fuerzas para hablar... Siempre te pasas de rosca, maldito seas. Verás la que se arma cuando el jefe se entere.

—¡Al diablo con el jefe! Yo sé cómo tratar a estos bastardos...

—¡Quítale la pistola de una maldita vez, estúpido!

Tras un titubeo, durante el cual Billy miró la nuca de su compañero como si buscara el lugar ideal para clavarle un plomo, acabó por inclinarse y trató de encentrar la pistola en la axila de su víctima.

—Ese cerdo... —refunfuñó al no hallarla—. Búscala tú en los bolsillos. Yo no llego desde aquí.

Moncton separó una mano del volante y registró a Larry hasta apoderarse de la automática, que se embolsó él.

—Así está mejor —dijo.

Escrutó el paisaje desierto que se extendía ante él, al resplandor de los faros. El aire caliente había aumentado de fuerza y de temperatura, arrastrando con él un finísimo polvo de arena que castigaba los ojos y se introducía en las fosas nasales. El conductor cerró la ventanilla, refunfuñando su disgusto. Pero se interrumpió de repente y anunció:

—Fíjate en esas rocas, Billy...; podemos meter el coche detrás...

Sin esperar respuesta, sacó el vehículo de la pista y, dando tumbos, lo condujo por el desigual terreno hasta rodear un promontorio rocoso

salpicado de secos matorrales cubiertos de polvo.

Cerró el motor y apagó las luces.

—Este es un lugar ideal —gruñó—. Vamos a sacar a este del coche.

Entre los dos arrastraron a Larry hasta dejarlo apoyado en una roca.

Billy dijo:

—Yo me encargo de él... Sé cómo tratar a esos testarudos.

—Cuida de no matarlo antes de tiempo o no doy un centavo por tu cabeza.

Billy no replicó. Comenzó a dar débiles bofetones al desvanecido cautivo hasta que logró despejarlo un poco. Entonces ordenó:

—Dale un trago, Moncton. Eso acabará de reanimarlo.

Moncton sacó un frasco aplanado, lo destapó y aplicó el gollete a los labios de su víctima. Lo mantuvo allí unos instantes, los suficientes para que el herido engullera una buena parte del contenido del frasco.

—Así está bien —gruñó—. Ya puede hablar.

Larry levantó la cabeza y miró a la oscura silueta de Billy. Vio el revólver en su mano y contempló el paso que dio para acercársele.

—Vamos a ver, Nash —gruñó Billy—. No me obligues a hacerte más daño. Confiesa de una vez dónde has escondido el paquete y todo habrá terminado...

—¿Qué esperanza me queda si hablo?

Los dos pistoleros dieron un respingo. Fue Moncton quien habló:

—Te dejaremos con vida.

—No te creo...

—Tonterías. Iremos en busca de lo que nos interesa y te llevaremos con nosotros por si intentas engañarnos. Pero si dices la verdad te dejaremos marchar en paz. ¿Para qué vamos a liquidarte una vez el fardo en nuestro poder?

Larry sabía muy bien que estaban mintiendo. Jamás podrían dejarle con vida si querían ellos disfrutar en paz de su botín, porque, si él vivía, los perseguiría hasta el fin del mundo. Y no sería él solo en esa persecución.

No obstante, insistió para ganar tiempo.

—Necesito una garantía para creerlo...

Billy intervino con su brutal impaciencia.

—¡Maldito seas! No estás en condiciones de pedir garantías. Está bien, vamos a liquidarte de todas maneras —reveló, furioso—. A ti te toca elegir si quieres morir rápidamente y sin dolor o si prefieres que no te mate hasta hacerte pedazos poco a poco. Decide.

—Ya veo...

Larry se enderezó, sentándose en una postura más cómoda. Todo su cuerpo le dolía endiabladamente y tenía el lado izquierdo paralizado del hombro a la cintura. Tuvo que apoyarse con la mano derecha y al hacerlo

sintió bajo su palma una gruesa piedra suelta.

El corazón le dio un vuelco. No pensaba siquiera en escapar con vida, pero por lo menos moriría luchando y, con un poco de suerte, se llevaría a uno de sus enemigos por delante.

—Les diré dónde está —jadeó, mientras sus dedos, en la oscuridad, se cerraban sobre el pedrusco—. Pero solo si me dejan libre. Quiero vivir, ¿está claro?

—Seguro... Johnny Graves también quería vivir —replicó Billy.

—Graves era un sucio asesino... Si lo hubiesen localizado ustedes antes que yo lo habrían matado también, porque tenía lo que andan buscando...

Se felicitó por esta salida. Eso convencería a los dos asesinos de que el botín lo tenía él escondido y dejarían en paz a la muchacha... no se preocuparían de ella...

Moncton dijo, impaciente:

—Basta de charla. ¿Dónde está, Nash?

—Quiero otro trago... creo que me voy a desmayar...

—¡Maldita sea...!

Moncton se acercó. Larry vio que empuñaba un revólver con la mano izquierda. En la derecha llevaba el frasco de *whisky*.

Afianzó su espalda en la roca y tensó los músculos del brazo derecho. El izquierdo era un infierno de dolor con el que no podía contar.

Moncton se inclinó y le acercó el frasco a la boca. Larry bebió glotonamente hasta que el otro empezó a quitarle el gollete de los labios.

—Ya tienes bastante...

Fueron las últimas palabras que pronunció en este mundo. Larry volteó el brazo y la gran piedra cayó sobre la nuca del pistolero impulsada por toda la fuerza que pudo reunir, aparte de su propio peso.

Larry sintió el impacto a través de su brazo y escuchó el escalofriante chasquido del cráneo. Algo pegajoso le salpicó la mano y soltó la piedra, en el instante que Billy comenzaba a maldecir como un energúmeno y apretaba el gatillo, loco de furor.

La bala le dio a Larry en medio del pecho, tirándolo contra la roca. Billy seguía gritando y ni el estruendo del disparo ahogó sus maldiciones.

Un nuevo estampido llenó de ecos la noche del desierto y una nueva bala se incrustó en el cuerpo de Larry, que se deslizó de lado hasta quedar tendido junto al hombre que había matado.

Billy todavía disparó una vez más, pero la bala rebotó en las rocas y se alejó seguida de un largo aullido metálico.

Larry ya no sentía ningún dolor. Casi puede decirse que estaba contento de semejante final. No habían podido torturarlo...

Su mano escarbó la arena en un último estertor... y de repente se inmovilizó. Billy se había detenido a su lado.

—¡Maldito bastardo! —barbotó el pistolero—. Si no estás muerto

todavía...

Se inclinó. El cuerpo yacía con la cara pegada al suelo. Tenía el brazo izquierdo debajo del cuerpo y el derecho extendido a un lado. Furiosamente le dio la vuelta para dejarlo de cara a las estrellas y la llamarada le mordió los ojos antes de percibir el estampido tremendo del disparo. Ya no oyó nada más porque la bala le reventó la cabeza igual que una fruta madura y le impulsó hacia atrás. Se desplomó y el polvo arenisco le ocultó unos segundos a los ojos del moribundo Larry, cuyos dedos soltaron el revólver de Moncton que hallara en el suelo cuando menos podía esperarlo.

Después, el polvo descendió suavemente, ensuciando el cadáver de Billy, y Larry lo vio. Pensó confusamente que era un lindo espectáculo para llevarse al otro mundo...

—No... no lo han conseguido...

Sus músculos se relajaron. Pareció hundirse un poco en la arena, empequeñecerse cuando sus fuerzas se esfumaron... Después de todo, la muerte resultaba algo dulce... sin dolor...

CAPÍTULO PRIMERO

El motor dio las últimas boqueadas y se paró. Al mismo tiempo, hubo un estrépito de chatarra en alguna parte, en sus entrañas, y tras un par de tirones quedó clavado a un lado de la pista.

Por si las moscas, apagué las luces antes de apearme para levantar el capó. No deseaba quedarme sin batería en medio del desierto.

Pero tan pronto descubrí el motor comprendí que aquel coche jamás volvería a funcionar. Salía una columnilla de humo por todas las juntas, el agua saltaba alegremente por el roto radiador y su vapor resultaba algo muy semejante al ardiente viento del desierto.

El radiador roto, el agua hirviendo y probablemente todas las bielas fundidas a juzgar por el ruido que había sonado antes de clavarse el motor.

Y las juntas reventadas...

Era algo que yo esperaba que sucediera desde hacía por lo menos cien millas. Aquel viejo cacharro estaba destinado a calcinarse en el desierto, como los antiguos pioneros...

Al diablo con él.

Solo necesitaba otro automovilista que quisiera llevarme hasta Las Vegas y el asunto estaría solucionado. Lo malo era que no parecía haber más automovilistas que yo en todo el desierto... Todo un panorama.

Entonces estalló el primer disparo.

Pegué un brinco, porque sonó extrañamente cercano, o eso me pareció en aquellos instantes. Luego, un segundo tiro y un tercero hicieron añicos el magnífico silencio de la noche.

Como ninguna bala zumbó lo bastante cerca como para buscarme a mí, calculé que aquello debía ser una fiesta ajena a mis intereses. Quienes fuesen los que se tiroteaban en pleno desierto de Nevada, allá ellos. Yo tenía mis propios problemas.

El viento arrastraba un polvillo condenadamente fino que se introducía incluso en los poros de la piel, dilatados por el sudor. Buena me esperaba

si no podía moverme de allí hasta que pasara un auto...

De repente, un nuevo estampido me sobresaltó. Cuatro tiros. ¿Qué diablos debía estar solventándose entre la gente de Nevada?

Encendí un cigarrillo y aguardé pacientemente. Siempre he tenido abundantes ideas, pero no soy curioso por naturaleza. Los asuntos que se discuten a tiro limpio no me llaman particularmente la atención... a menos, naturalmente, que yo también tenga un cañón en la mano con que intervenir en el diálogo.

Y en aquellos instantes carecía de artillería, así que aguardé fumando con paciencia.

Hasta que una de mis ideas me asaltó con la fuerza de un golpe.

Si la gente se larga al desierto para solucionar sus dificultades, seguro que no van andando sobre sus pies, sino que utilizan sus coches. *Okey*; en un tiroteo siempre hay alguien que lleva las de perder... y que para su viaje final no conduce su coche de vuelta...

Estaba andando en dirección a donde habían sonado los estampidos incluso antes de haber terminado mi complicado razonamiento. Si allí había un coche yo sabía quién viajaría en él sin duda alguna.

Descubrí el auto apenas un minuto después de haber iniciado mi exploración. Un rutilante «De Soto» sobre cuya carrocería se acumulaba el fino polvo que estaba llenando mis pulmones.

Bueno, ya lo tenía. Lo que no quería bajo ningún aspecto era un plomo en la barriga, así que tomé ciertas precauciones y me acerqué al vehículo... solo para comprobar que no había nadie en él. Mis dedos, tras el primer tanteo, descubrieron las llaves puestas en el contacto.

Todo muy fácil. Acaso demasiado.

Los disparos habían cesado y ningún coche se había alejado de allí después de hacerse el silencio. El triunfador del combate no se habría alejado a pie...

Un largo escalofrío recorrió mi espalda al imaginar que el fulano podía estar acechándome en la oscuridad, dispuesto a fusilarme sin concederme una sola oportunidad. Me agaché instintivamente y me acerqué al grupo de rocas que ocultaban la vista del auto desde la carretera.

Entonces los descubrí. No eran más que oscuros bultos sobre el polvoriento suelo. Dos casi juntos y uno algo más alejado... inmóviles... a menos que fuera una trampa...

Más no era ninguna trampa. Los tres estaban muertos a juzgar por su inmovilidad, incluso cuando me planté junto al solitario. Lo reconocí someramente. Tenía la cabeza hecha cisco y no era un espectáculo para señoritas precisamente.

Me aparté de él. Los otros dos debían estar más o menos igual...

Uno tenía el cráneo aplastado. Lisio también.

El otro había recibido los balazos en el pecho y su camisa no era más

que un lago de sangre. Un buen cuadro.

Me incorporé. Mis dedos temblaban mientras intentaba sacar un cigarrillo, pero finalmente conseguí llevármelo a los labios e inicié la búsqueda de los fósforos. Mis dedos continuaban inseguros.

Y en ese instante escuché el leve gemido. Pegué un salto atrás con tanta perfección como un saltamontes. Sin embargo, luché por serenarme lo suficiente y me acerqué otra vez a los cuerpos.

Solo el que tenía la camisa empapada de sangre podía conservar un hálito de vida, así que me dediqué a él directamente.

—¿Puede oírme? —grité, asustado.

El gemido se repitió. Luego intentó balbucear algo que no pude entender.

—Le ayudaré —dije para animarlo si podía oírme—. Hay un coche ahí. Le llevaré al hospital.

—No...

—¿No?

—Busque... a...

—¡Siga!

—Babs...

—¿Qué demonios es eso?

—Babs —repitió—. Ella... sabe...

Babs, ella... ¡Bárbara! Babs es el diminutivo de Bárbara. Se refería a una mujer. Estaba claro.

—Siga, muchacho. ¿Qué sabe Babs, la identidad de sus asesinos?

—No... —se interrumpió y la boca se le llenó de sangre. Le incorporé un poco para que pudiera expulsarla y tras esto añadió—: La... ma... matarán... si... millones y mi... llones...

Casi se me escapó de las manos. ¡Estaba hablando de millones!

Antes que pudiera acuciarlo gimió de manera ahogada. Sus pulmones debían estar llenándose de sangre. No viviría ni un minuto...

Entonces suspiró:

—Ella sabe... muchos millones... ayú... dela... dígle...

Calló. Notó el relajamiento del cuerpo y lo deposité suavemente en el suelo. El hombre había muerto.

Y había muerto hablando de millones y millones, de una chica llamada Bárbara y de alguien que quería matarla... Un buen lío si uno se detenía a pensarlo.

Pero yo no me detuve en absoluto a pensar en aquellos instantes. En cualquier momento podían descubrir mi coche en la carretera, y si era un patrullero quien hiciera el descubrimiento comenzaría a investigar por los alrededores en busca del fulano que se había quedado plantado en medio del desierto.

Registré rápidamente los bolsillos del cadáver y trasladé a los míos todo

lo que encontré en ellos. Hecho esto corrí hacia el fiambre más alejado e hice lo mismo, y después con el tercero, cuidando de colocar las pertenencias de cada uno en un bolsillo distinto.

Un par de minutos más tarde estaba rodando por la carretera a toda velocidad, tras haber trasladado mi maleta del coche inútil al «De Soto».

Reconozco que mi cabeza era un caos mientras conducía el rápido vehículo. Me preguntaba también cómo diablos podría encontrar a una chica llamada Bárbara en una ciudad como Las Vegas, donde si la propaganda no mentía, había el mayor número de mujeres por milla cuadrada de toda la Unión. Y, siempre según la propaganda, también las más hermosas...

Un paraíso tentador desde cualquier ángulo que se mirara.

Babs... Yo conocí una vez una chica de ese nombre y...

Pero eso es otra historia.

Las Vegas refulgía de luz cuando la descubrí, levantándose en medio de la desolación ardiente de arena, rocas y cactus, sahuaros y matorrales. Parecía un milagro surgido del fondo de la tierra, presto a recibirme y llenarme los bolsillos...

Detuve el «De Soto» en un estacionamiento público, saqué la maleta y me introduje en el delirante espectáculo. En mi vida había visto nada semejante.

La calle Fremont se abrió ante mí con una llamada irresistible. Los anuncios eran poderosos atractivos y si la mitad de lo que prometían era cierto uno se preguntaba cómo demonios había nadie tan idiota como para trabajar en otras ciudades. El dinero estaba al alcance de la mano de cualquiera... y a eso había venido yo.

De pronto recordé que mis finanzas estaban prácticamente por los suelos y dejé de flotar en mi nube particular. Necesitaba un hotel modesto, suponiendo que hubiese hoteles modestos en semejante Babel de luces, gritos y música.

Decidí que lo primero era animar un poco mi vacío estómago. Los establecimientos de la calle Fremont eran antorchas de lujo, así que opté por internarme en las calles laterales, alejándome de semejante carnaval.

Hallé un restaurante mejicano que me gustó, así que ya no busqué más y entré, instalándome en una rústica mesa, extraordinariamente limpia, y aguardé al camarero.

—Me llamo Antonio, señor —dijo el que se acercó.

—Felicidades —le hice un gesto que no quería decir nada y acto seguido le detallé lo más claramente posible todo lo que quería comer.

El hombre me escuchó con creciente asombro, pero solo cuando callé se permitió sonreír y murmuró confidencialmente:

—Comprendo, señor. Se trata de una apuesta, ¿no?

—Seguro. Una apuesta con mi barriga. Yo apuesto que engullo todo

esto y mi barriga dice que no. Vamos a ver quién tiene razón...

Dejó de sonreír, hizo una mueca y me miró sospechosamente. Luego se alejó, muy digno, refunfuñando algo incomprensible.

Pero podían perdonársele todos los gruñidos de la tierra a cambio de la excelente comida que servían. Naturalmente, yo gané la apuesta y no dejé en los platos ni las migajas del pan recién tostado que me habían servido.

Entonces comencé a preocuparme del precio de todo aquello. La fama de Las Vegas no se debe solamente a sus mujeres, sino a sus astronómicos precios.

No obstante, por el momento decidí no romperme los cascos por eso. Aproveché que mi mesa quedaba un tanto separada de las demás, adosada casi en un rincón, para examinar mi botín.

Empecé por lo que le había quitado al desgraciado cuyo último suspiro recogiera en mis oídos. Una licencia de conductor con la fotografía del muerto me aclaró que se llamaba Larry Nash, tenía treinta y cinco años y era soltero, por lo menos cuando le extendieron el permiso.

El mismo nombre ostentaba el carnet de identidad, aunque la edad del mismo era treinta y dos años. Lo comprendí al recordar que en California obligan a renovar periódicamente los permisos de conductor, y el pobre Nash procedía de allí, ya que su domicilio constaba en Los Ángeles.

Otro permiso encerrado en una funda de plástico me dejó un tanto intrigado; era una autorización legal para el uso de armas. Bueno, por lo menos había demostrado que sabía usarlas, ya que se había cargado a su matador, o matadores, suponiendo que los otros dos fiambres fueran sus enemigos.

En la billetera encontré más de cien dólares en billetes pequeños de uno y cinco y un papel doblado, que al examinarlo resultó un aviso de llamada telefónica de un hotel. Eso me interesó, porque en las casillas correspondientes había los datos precisos para suponer que Larry Nash ocupaba una habitación, la doscientos uno, en el hotel «Carmichael»... La telefonista había extendido el aviso anunciando que el comunicante volvería a llamar a las dos de la tarde.

No pude encontrar nada más ni en la billetera ni en la cartera en que llevaba los documentos. Ni llaves ni otro objeto personal alguno.

Bien, tenía que reflexionar sobre el problema.

Me dediqué a continuación a examinar todo lo que había pertenecido a los otros dos, pero aparte de sus nombres, solo conseguí doscientos siete dólares. Aquel par de tipos llevaban menos en sus bolsillos que el primero.

Filosóficamente, me dije que por lo menos había solidificado mi posición financiera con trescientos dólares y pico. Mi conciencia no me amargó la digestión por eso. Después de todo, yo no estaba en condiciones de ir por ahí buscando a los herederos de los muertos.

Guardé todo en los bolsillos y dejé pasar el tiempo dándole vueltas al

problema que tenía entre manos. Las palabras del moribundo zumbaban en mi cerebro con insistencia, sobre todo las que se referían a millones y millones.

Yo había viajado hasta Las Vegas con la intención de probar mi suerte en la ruleta. No tenía nada que perder y calculaba que si el juego acababa de desplumarme encontraría cualquier clase de trabajo en la ciudad para ir tirando. Sin embargo, ni en mis sueños más delirantes había pensado en nada semejante a un millón de dólares. Y el tipo había hablado de *millones*, así, en plural...

Era como para preocupar a cualquiera.

Cuando volví a la realidad, vi al camarero que acababa de despedir a una pareja junto a la puerta. Solo quedaba un matrimonio de mediana edad sentado lejos de mí, por lo que supuse que ya era hora de largarse.

—Antonio —dije, haciéndole una seña.

Vino como una bala, enseñándome toda su blanquísima dentadura en una sonrisa extraordinaria que seguramente preparaba el terreno para la propina.

—Ha ganado usted la apuesta, señor —exclamó—. ¿A quién le presento la nota, a su estómago?

—Mucho me temo que tendré que pagarla yo de todas maneras...

Eché mano al bolsillo y sacó un papel cuidadosamente doblado, que me entregó después de colocarlo delicadamente sobre un plato. Vi que el importe no resultaba tan astronómico como me había figurado, pero desde luego era tres veces más alto de lo que hubiera resultado en Los Ángeles...

Pagué y le añadí la propina suficiente para continuar viendo la deslumbrante sonrisa un rato más. Entonces le pregunté:

—¿Sabes dónde está el hotel «Carmichael»?

—Seguro, señor; no está muy lejos de aquí. ¿Va usted a alojarse allí?

—Si no es muy caro...

—Nada de eso. Cobran lo justo, señor. Vamos a hacer una cosa...; espere unos minutos y le acompaño, ¿eh, qué le parece?

—Bueno, con que me indique el camino es suficiente, Antonio.

—Diablos, señor; no voy a cobrarle nada por llevarle allá...

Me encogí de hombros.

—Okey, puedes traerme un *whisky* mientras tanto.

Se fue disparado y un minuto después tenía un *whisky* sobre la mesa.

Lo paladeé mientras aguardaba al muchacho. Estuve pensando todo el tiempo en mis probabilidades de ocupar la misma habitación del difunto Larry Nash, pero no me la darían mientras el hotel siguiera creyendo que el huésped iba a volver de un momento a otro...

Adopté una determinación cuando ya Antonio se acercaba a mí después de haber cambiado su corta chaquetilla blanca por otra de calle.

Se apoderó de mi maleta y me precedió hasta la calle. Así echamos a

andar, uno al lado del otro.

El indagó de pronto:

—¿Turista?

—¿Eh?

—Usted, señor.

—¡Oh, ya veo! Bueno, no exactamente, Antonio. Tengo algunas cosas que hacer en Las Vegas, aparte de tentar a la ruleta.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Cualquiera hubiese creído que me tenía lástima.

—No lo haga, señor.

—Diablo, todo el mundo juega en Las Vegas, ¿no?

—*¡Qué va, hombre!* —exclamó en su idioma. Pero volvió al inglés para añadir—. Yo no juego. Ni el noventa por ciento de habitantes de la ciudad tampoco. No se puede ganar.

—¿Por qué, están truncadas las ruletas?

—No, pero, las probabilidades, usted sabe... Por uno que gana pierden cien mil.

—Yo puedo ser ese uno. Soy muy desgraciado en amores, Antonio.

Se echó a reír. Cambió la maleta de mano y anduvo un trecho sin dejar oír su voz. Pero finalmente volvió a la carga.

—Perderá hasta la camisa —sentenció—. Y lo sentiré, de veras, señor. Me es usted simpático, ¿sabe?

—Gracias por tu simpatía, pero la camisa es mía, de modo que la apostaré si es preciso. ¿Dónde se puede jugar... modestamente? Quiero decir sin tener que empezar con cantidades importantes.

—Usted no conoce Las Vegas, señor...

—Me llamo Vince Lombard. Déjate de cumplidos mientras no estés sirviéndome la cena.

—Bueno, usted no conoce esto. No hay ningún lugar en el que no pueda usted jugar a partir de un dólar. Hasta en el «Sands» admiten puestas de dólar.

—Ya comprendo...

Hubo otro silencio, que también rompió él para proponer con entusiasmo:

—Yo seré su guía, ¿eh? Le enseñaré lo mejor de Las Vegas y...

—Espera un minuto, Antonio —le atajé, alarmado—. No necesito un guía, ni puedo permitirme el lujo de pagarlo. Me arreglo solo.

—¡Pero si no tendrá que pagarme! Solo con que se encargue de la bebida es suficiente... Me gusta andar por ahí, de veras...

—Bueno, lo pensaré y ya te diré si me decido o no.

—¿Cuándo?

—Mañana. Esta noche necesito descansar.

—Perfecto.

Dio la sensación de que le hacía feliz esa posibilidad. Calculé que algo más que la bebida pensaba sacar, pero no dije nada.

Un minuto después llegamos al hotel. Era un establecimiento más lujoso de lo que había supuesto, pero según me explicó mi «guía», en Las Vegas resultaba modesto, de manera que entré precedido por Antonio, que fue directamente hasta la recepción.

Allí tuve la primera sorpresa. El encargado de noche parecía conocer muy bien a mí guía, porque estuvo hablando y riendo con él casi dos minutos antes de atenderme. Después de esto me concedió su atención.

Yo dije:

—Un amigo mío estuvo aquí hace algún tiempo y me recomendó la habitación que ocupó entonces. Dijo que era muy cómoda y tranquila...

—¿Qué número, señor?

—La doscientos uno.

Hizo un ademán de contrariedad.

—¡Cuánto lo siento...! Está ocupada en la actualidad, señor.

—Es un contratiempo... ¿Sabe si el huésped estará en ella mucho tiempo todavía?

—No lo creo. Es un caballero que ha venido por negocios y dijo que se marcharía tan pronto solucionara sus asuntos.

—Entonces me quedará la doscientos tres hasta que él se vaya. Supongo que esa no estará ocupada...

Dio un vistazo al casillero y sonrió.

—Está libre, señor.

Me ofreció el libro registro y firmé con mi nombre. No tenía motivos para variarlo entonces.

Antonio entregó la maleta a un botones, pero antes de que yo siguiera a este me recordó:

—Le llamaré mañana por teléfono, ¿le parece bien?

—Bueno.

Me alejé. En el momento de entrar en el ascensor vi fugazmente cómo el encargado de recepción le entregaba unos billetes doblados. Bueno, eso explicaba su interés por acompañarme al hotel. Cobraba comisión de los conserjes por llevarles huéspedes.

La habitación resultó espaciosa y cómoda. Despedí al botones con la ineludible propina, me despojé de la chaqueta y, dejándome caer de espaldas sobre la cama, volví a pensar una vez más en mi problema.

Pero estaba tan cansado que quedé dormido unos segundos después de haberme tendido. Eso me ahorró un excesivo desgaste de mi materia gris...

CAPÍTULO II

Un sol de infierno caía sobre la ciudad cuando me asomé a la ventana. Volví a correr la persiana metálica y estudié el cuarto. Naturalmente, poseía baño individual y una pequeña salita además del dormitorio, pero no había ninguna puerta de comunicación con la habitación vecina.

Tras la ducha encendí el primer cigarrillo del día y me tumbé encima de la cama dispuesto a reflexionar. Dejé pasar casi una hora dándole vueltas a mí problema y al fin creí haber dado con un hilo del que tirar.

Era indudable que la muchacha llamada Babs debería ponerse en contacto con el Larry Nash en alguna ocasión. Podía ser ella quien comunicaba con él por teléfono... y si era así, yo tendría que responder al teléfono de la habitación de al lado. Sería la manera de entrar en relación con la chica que podía convertirse en la llave del tesoro.

Acabé de vestirme y bajé a desayunar. Me sorprendió descubrir que era casi mediodía, de manera que regresé apresuradamente a mi habitación. La camarera salía de ella después de haberla limpiado y aguardé a verla desaparecer en la doscientos uno. Pero no estuvo dentro ni un minuto. Todo debía estar como lo dejara el día anterior.

Perdí algún tiempo colocando parte de mis ropas en sus lugares respectivos dentro del armario. Debajo de todo había un pequeño estuche que era lo que realmente andaba buscando.

Era una colección de ganzúas dignas del más exigente profesional. Había pensado que tal vez algún día podrían serme útiles y por eso las había guardado cuando el naufragio... y ese día había llegado.

No me costó ni medio minuto dejar abierta la habitación de al lado, solo con la puerta encajada en el marco pero sin que el pestillo de la cerradura encajara en su lugar. Era cuanto necesitaba.

No habían transcurrido ni cinco minutos desde mi estratagema, cuando el teléfono vecino repiqueteó de repente. Salté fuera de mi habitación, eché un vistazo a lo largo del pasillo y segundos después estaba atendiendo la llamada en el cuarto de Larry Nash.

—Hable —murmuré con voz ronca.

Una excitada mujer exclamó:

—¡Al fin está usted ahí! ¿Qué le pasó? Estuve esperándole...

—Hubo contratiempos. Pero nos veremos hoy. ¿Le parece bien?

Me disponía a fijar un lugar para la entrevista cuando ella exclamó con una nota de pánico en su voz:

—¡Usted no es él, Dios santo...!

—¿Qué le pasa ahora, Babs?

—No es él... —balbuceó otra vez—. No ha respondido con la frase convenida...

Comprendí que se disponía a colgar. Me estremecí ante la idea de perder semejante oportunidad.

—¡Espere, Bárbara! —exclamé, excitado—. Está usted en lo cierto, no soy Larry Nash. No obstante tiene usted que escucharme.

—¿Dónde está Nash?

—Lo asesinaron anoche, en el desierto. Yo lo encontré agonizante y él me pidió que me pusiera en contacto con alguien llamado Babs, aunque murió antes que pudiera decirme cómo hacerlo. Por eso he estado aguardando *aquí*.

—Muerto...

Pensé que ni siquiera había escuchado mi explicación. Lo único que parecía tener importancia para ella era la muerte de su amigo.

—¿Me escucha, Bárbara?

—Sí...

—Había dos hombres muertos cerca de Nash —expliqué—. Pensé que eran los que lo habían matado a él. Todo lo que el pobre pudo hacer fue darme su nombre y decirme que me pusiera en contacto con usted.

—¿Para qué le habló también de eso?

Solo titubeé un segundo.

—No —mentí—. Pero debió pensar que yo era el hombre indicado para sacarla a usted de un apuro... Y ahora, ¿me dirá dónde puedo reunirme con usted?

Tras un largo silencio la muchacha murmuró:

—No es tan fácil como se imagina... Tengo que tomar todas las precauciones del mundo antes de confiar en nadie. Solo en Nash, porque sabía quién era...

—Puede confiar en mí, Babs. La ayudaré.

—Sí, es posible que lo haga; pero también es posible que no...

—Nash me pidió que la ayudara a usted. Temía que alguien atentaría contra su vida, Bárbara.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Vince Lombard. Llegué anoche de Los Ángeles.

—Veré si eso es verdad. Si fuese cierto que llegó anoche podría confiar en usted...

—¡Claro que es cierto!

—Vaya al «Sands», al bar de la piscina, y aguarde allí. Una chica se pondrá al habla con usted y lo llevará hasta donde yo estaré esperando.

—Bueno, si le gustan los rodeos...

Colgó antes de que pudiera terminar. Yo hice lo mismo rápidamente.

Tardé unos segundos en recordar que no estaba en mi habitación, tan abstraído había quedado por lo que acababa de escuchar. De manera, me dije, que al «Sands». Naturalmente, barajándose millones debían vivir por todo lo alto.

Escuché pegado a la puerta, pero no percibí ningún rumor en el pasillo. Abrí y di un rápido paso... y no di ninguno más de momento.

La puerta estaba bloqueada por la gigantesca mole de un tipo que parecía llenar la mitad del pasillo. Era una especie de gorila, pero de estatura enorme, ojillos muy juntos y boca dura. Su cabello semejava un cepillo con las cerdas gastadas.

Se quedó mirándome, tan sorprendido como yo mismo. Después retrocedió un paso.

—Lo siento —refunfuñó, aunque su tono desmentía sus palabras.

Estaba sorprendido sin duda alguna. Bien; yo no lo estaba menos y me preguntaba qué actitud debería adoptar cuando él pareció facilitarme la tarea.

—Debo haberme equivocado de habitación —gruñó—. ¿No es este el tercer piso?

—El cuarto.

—Eso lo explica todo. Dispense...

Se alejó a buen paso y desapareció escaleras abajo.

Cerré la puerta dejando que el pestillo encajara en su lugar esta vez. Hecho esto, me deslicé a mí habitación y me quedé un rato junto a la ventana. Así pude ver al gorila atravesar la calle, entrar en un bar y quedarse allí. Supuse que estaba telefoneando a alguien el sorprendente informe.

Me disponía a salir para acudir a la cita de Babs, cuando el teléfono chilló como una mujer histérica. Lo descolgué de un manotazo.

—Lombard al habla —dije de mal humor.

—Aquí Antonio, señor... Le dije que le telefonaría...

—Oh, sí, claro... Bien, nos veremos esta noche, ¿te parece bien?

—Perfectamente, señor. ¿Vendrá a cenar «Al Patio»?

—Muy posiblemente.

—Le mostraré todas las maravillas de Las Vegas, señor...

—Sí, sí. Hasta luego, Antonio, tengo prisa ahora.

Colgué y me acerqué a la ventana. No vi ni rastro del gigantón, por lo cual imaginé que seguía en el bar. Eso me dio qué pensar, ya que si me reconocía era muy capaz de seguirme... Comencé a preocuparme de veras con semejante juego. Me gusta saber la clase de partida en la que estoy

embarcado, para calcular del lado que pueden caerme los estacazos. Sin embargo, desde que había tropezado con los tres fiambres que andaba a ciegas.

Bajé al vestíbulo dispuesto a jugar al escondite con el fulano, si es que aparecía por alguna parte. Inconscientemente, capté la presencia de dos hombres hablando con el recepcionista, pero seguí mi camino preocupado por mí corpulento amigo...

Entonces el recepcionista exclamó:

—¡Un momento, míster Lombard!

Giré sobre mis talones. Los dos hombres estaban mirándome fijo. Echaron a andar hacia mí antes que yo hubiera podido reaccionar.

—¿Es usted Vince Lombard? —gruñó uno de ellos.

—Ese es mi nombre.

—Soy el teniente Kaska, de la Policía del Estado. Este es el sargento Hardecker. Será mejor que subamos a su habitación para hablar con calma, ¿no le parece?

—Antes me gustaría saber de qué quieren hablar conmigo... Llegué anoche a Las Vegas y...

—Lo sabemos. Hemos hallado su coche en el desierto.

—¡Oh, el viejo cacharro! Se acabó, el pobre...

—Sí, está descacharrado. Pero hay algo más, míster Lombard. Nos ha causado no pocas preocupaciones averiguar cómo siguió usted su camino... después de abandonar su viejo cacharro.

Ahí estaba la trampa. Pensé a toda velocidad y llegué a la conclusión de que, si quería zafarme de un buen lío, tenía que hablar pronto y rápido aunque las tres cuartas partes de lo que dijera fuese más falso que un dólar de plomo.

—Está bien, teniente —concedí—. Vamos arriba.

Me siguieron sin demostrar ninguna prisa ni nerviosismo. Iban sobre seguro y no les importaba demostrarlo.

—Siento no poder invitarles a beber —dije, tras cerrar la puerta tras ellos—. Todavía no estoy instalado.

—No importa. Cuéntenos cómo llegó a la ciudad anoche, míster Lombard. Nos tiene muy intrigados ese detalle.

—Ya... No comprendo su curiosidad, teniente. Pude llegar haciendo *auto-stop*, ¿no?

—Pudo, naturalmente. Pero no fue así.

Era un tipo delgado y elástico como un cable de acero. Tenía el cabello salpicado de gris a pesar de su juventud, y de sus ojos grises parecía desprenderse una luz helada y penetrante.

—¿Cómo lo sabe? —indagué, fingiendo sorpresa.

—Nosotros hacemos las preguntas, Lombard. Por favor, no nos haga perder el tiempo, ¿quiere?

—Okey, parece que lo toman muy en serio y no es más que una tontería. Está bien, yo me llevé el coche. Estoy dispuesto a pagar la multa y evitarles más molestias.

Cambiaron una mirada entre los dos. Apenas si pudieron disimular su desconcierto.

—Nadie ha hablado aquí de una multa —gruñó el teniente Kaska—. ¿Quiere contar lo que sucedió, sin más rodeos?

Asentí con un gesto, fingiéndome un tanto turbado y violento.

—Supongo que han encontrado el auto en el estacionamiento a estas horas —dije para empezar—. Lo dejé allí sin un solo rasguño. Esa pareja no podrá reclamar ni un centavo por desperfectos.

Una vez más se miraron, desconcertados.

—¿De qué pareja está hablando? —refunfuñó el sargento. Tenía una voz cascada y aguda.

—De los dueños del coche, naturalmente —afirmé con toda desfachatez—. Me cansé de aguardar junto a mí auto que pasara un coche por aquella maldita carretera. Entonces decidí andar un rato... Habrán ustedes visto que mi pobre cacharro está cerca de una curva. Pues bien, tan pronto doblé esa curva vi el «De Soto» estacionado a un lado con todas las luces apagadas. Imaginé que se trataba de una pareja que había elegido el desierto como nido de amor y no esperé a que regresaran...

—Resumiendo —farfulló el teniente Kaska—; usted tomó el auto y se largó.

—Eso es.

Tragó aire y su rostro se tiñó de rojo. Luego gruñó:

—¿No dio usted un vistazo por aquellos alrededores antes de alejarse?

—No.

—¿Por qué esa falta de interés? Usted podía haber esperado a esa pareja de que habla y haberles pedido que le trajeran hasta Las Vegas. En lugar de eso prefirió robarles el coche. Es muy extraño, míster Lombard.

—Nada de extraño, teniente. Un par de tórtolos capaces de meterse en el desierto para hacerse el amor nunca reaccionarían amistosamente si se ven descubiertos. ¿Quería usted que encima les pidiera que me llevaran en su coche? Me hubiesen mandado al diablo sin duda alguna.

El sargento emitió una especie de gruñido entre dientes, pero el teniente estaba tan absorto mirándome que ni siquiera le hizo caso. Sus ojos de halcón amenazaban con taladrarme el cráneo.

—¿Dónde dejó usted el auto, míster Lombard? —indagó tras un largo silencio.

Le detallé lo que recordaba del estacionamiento. El asintió con un gesto de cabeza casi imperceptible. Después dijo:

—No se trataba de ninguna pareja, míster Lombard.

Puse la cara que era de esperar y exclamé:

—¿No? Pero el coche estaba abandonado... y tenía las llaves puestas en el tablier...

—Eso puede ser verdad, pero no era una pareja —repitió machaconamente—. Viajaron tres hombres en el «De Soto» que usted encontró.

Seguí con mi representación de genuino asombro.

—¿Tres tipos? —balbuceé—. No lo entiendo... ¿Dónde estaban cuando yo les birlé el coche?

—Muertos.

Abrí la boca y desorbité los ojos, dejando que mi mirada fuera de uno a otro policía, estupefacto. Pude advertir la satisfacción del teniente ante el efecto que él creía haberme causado.

—Muertos —repitió, muy ufano—. Un paseo, ¿usted comprende?

—¿Pistoleros?

—Eso es. Mas esta vez tropezaron con un hueso más duro de lo que imaginaron y cayeron ellos también. Por lo menos, eso es lo que hemos deducido después de examinarlo todo... En el coche había las huellas de todos ellos, aparte de las de usted, que hemos comparado con las halladas en el coche abandonado... A propósito, míster Lombard, ¿cómo se le ocurrió emprender semejante viaje con aquella cafetera?

—Porque mis finanzas no daban para más, teniente.

—Ya veo... ¿Ha venido aquí en busca de fortuna?

Pensé que eso era precisamente, aunque no pensaba hacerme rico con la ruleta...

—Solo pienso tentar la suerte —dije.

Sonrió como un conejo.

—Verá usted, Lombard... Aquí en Las Vegas, no nos gusta molestar a los forasteros, usted sabe... Son nuestra fuente de ingresos. Hacemos todo cuanto está en nuestra mano para dejarlos en paz. Ahora bien, somos muy duros con los que tratan de alterar nuestra tranquilidad. Tenemos que serlo forzosamente, ¿comprende?

—¿A dónde quiere ir a parar, teniente?

—A ninguna parte, era solo una manera de hablar. Y ahora, ¿tiene inconveniente en mostrarme sus papeles, Lombard?

—Ninguno.

Le dejé que leyera mis documentos de arriba abajo. Noté cómo entrecerró los ojos al llegar a cierto párrafo, cosa que ya imaginaba que sucedería, y me preparé para lo que iba a seguir.

Sin embargo, no hubo ningún estallido, ni la menor demostración de sarcasmo... Una prueba más de que estábamos en Las Vegas.

—Aquí en el aparato correspondiente a la profesión —dijo suavemente—, veo que indica detective privado. ¿Por qué no nos ha dicho eso desde el principio?

—Porque no es cierto.

—¿Cómo?

—«Era» detective privado. Dejé de serlo hace un par de meses, pero en mi tarjeta de identidad sigue todavía esa profesión, eso es todo.

—Ya veo. ¿Por qué cambió de trabajo?

—Bueno... no es que haya cambiado en el exacto sentido de la palabra. Mi licencia está en manos de la Comisión del Estado... en custodia.

—¡Oh, comprendo! —exclamó—. En otras palabras; le dieron a usted la patada, o le, retiraron la licencia... ¿es así?

—Sí, pero tan solo está en custodia —puntalicé—. La Comisión procederá a una revisión apreciativa y todas esas cosas. Puede ser que me la devuelvan.

—También puede ser que gane en la ruleta. ¿Por qué le retiraron la autorización, Lombard?

Me encogí de hombros. Si empezábamos a hurgar en semejante asunto la atmósfera acabaría de enturbiarse.

—Prefiero no hablar de eso, teniente.

—Okey, era solo curiosidad —me devolvió los documentos y durante unos segundos sus ojos no se apartaron de mi cara. Luego murmuró—. No salga de la ciudad sin antes haber consultado conmigo. ¿Está claro?

—Del todo. Ya sé cómo son esas cosas.

—Sí, ya imagino que lo sabe. Ah, ya se me olvidaba... ¿Por casualidad no vio usted los tres cadáveres en el desierto, detrás de las rocas?

Pegué un respingo.

—¡Claro que no! —exclamé, muy digno—. ¿Por qué diablos me pregunta eso?

Esbozó una sonrisa y le hizo una seña al silencioso sargento. Ambos se encaminaron a la puerta y ya en ella Kaska dijo con voz tranquila:

—Aquí no tenemos los fabulosos medios de la policía de Los Ángeles, Lombard. En realidad, somos una ciudad pequeña... pero no somos tontos. No podemos permitirnos el lujo de serlo. Los neumáticos del «De Soto» quedaron claramente marcados detrás de las rocas, fuera de la vista de cualquiera que pasase por la carretera. Y usted afirma que lo encontró en el borde de la autopista... ¿No es así?

—Exactamente; allí estaba.

Sentí como si una corriente de aire helado me acariciara la nuca. No obstante me mantuve en la actitud adoptada.

El añadió:

—Alguien debió tomarse el trabajo de trasladarlo...; muy curioso. Además les vaciaron los bolsillos a los cadáveres. ¿Qué le parece?

—Una tarea macabra sin duda. Pero tal vez no llevaban nada en los bolsillos. Por regla general, los pistoleros no suelen llevar nada sobre ellos que pueda servir para identificarlos.

—Sí, es una teoría —rió entre dientes y añadió como despedida—. Pero uno de los tres no era ningún pistolero. Recuérdelo, Lombard; no salga de la ciudad sin avisar antes.

—Lo tendré en cuenta.

Cerró la puerta y quedé solo. Mis piernas dejaron de portarse tan heroicamente como hasta entonces y tuve que sentarme en una butaca.

Permanecí allí fumando cigarrillos hasta que me hube tranquilizado lo suficiente para emprender el siguiente paso. Entonces reuní todas las pertenencias de los tres cadáveres que todavía guardaba, hice un pequeño paquete y abandoné el hotel. Unos minutos después el paquete caía a las profundidades de una alcantarilla.

CAPÍTULO III

Desde el bar del «Sands» uno podía extasiarse con un paisaje de maravilla; un paisaje vivo y cimbreante formado por las mujeres más bellas que yo recordaba haber contemplado jamás.

Pululaban alrededor de la exótica piscina en forma de guitarra. Eran altas y todas ellas lucían como indumentaria el «dos piezas», pero de tamaño tan minúsculo que más bien eran medias piezas...

Había cabelleras rojas, negras, rubias y del color platino que por lo visto estaba de moda. Todas poseían cuerpos de concurso, de largas piernas y finos tobillos, y ninguna parecía tener nada determinado que hacer durante los próximos años.

Actitudes lánguidas, posturas lascivas, sonrisas provocativas... y, de tarde en tarde, algún que otro chapuzón en la piscina, de la que emergían medio minuto después para dejar que el sol jugara sobre su desnuda piel.

Cuando me cansé de la contemplación me volví de espaldas al espectáculo y engullí parte de mi *whisky*. Llevaba diez minutos sentado en el taburete y ya empezaba a sentir deseos de largarme.

El mozo murmuró:

—¿Se aloja usted en el hotel, señor?

—¿Tengo cara de primo?

Sonrió de oreja a oreja.

—Ya imaginaba que era forastero —comentó con desfachatez. ¿Va a jugar?

—Tal vez.

—Hágalo con Jimmy.

Me incliné sobre la barra con interés.

—¿Quién es Jimmy? —quise aclarar.

—Uno de los *croupiers*. Está en la ruleta número tres. Es honesto y hace unos días que tiene mala racha. Los jefes están estudiando la posibilidad de darle unas vacaciones. Aprovechese antes que lo hagan.

Pensé si aquello sería una tomadura de pelo.

—¿Por qué me lo cuentas a mí, chico?

—Me ha resultado simpático. Además, no es ninguno de los tiburones de este hotel...

—Bueno, el caso es que no puedo jugar ahora. Estoy esperando a una chica. Tal vez esta noche...

Se encogió de hombros.

—Usted se lo pierde —dijo—. Ayer hubo dos tipos que ganaron más de quince mil dólares cada uno. Y tres o cuatro más que se llevaron cantidades más pequeñas, pero también ganaron.

—Imagino que eso debe preocupar a los jefazos, ¿eh?

—¡Y no poco! Cuando a un *croupier* le da la mala racha es mejor darle vacaciones, se lo digo yo. ¿Es una de «esas», la que espera?

El brusco giro de la conversación hizo que tardase unos segundos a responder.

—No —dije finalmente—. No es ninguna de esas sirenas... ¿De dónde diablos las sacan?

—Vienen de todo el país. Todas creen que acabarán cazando a un millonario, se casarán con él, y al mes podrán divorciarse llevándose un buen bocado de su fortuna. Sí, sí...

—¿No se casan?

—¡Naturalmente que no! ¿Cree usted que los millonarios son idiotas? ¿Por qué casarse con ellas, si pueden comprarlas para unos días de vacaciones? Muchos de esos tipos cargados de dinero vienen aquí para la estancia legal en el Estado. Conseguido el divorcio se largan...

—Ya veo... son perros viejos...

—¿De dónde es usted?

—De Los Ángeles.

—Buen sitio... Estuve hace unos años. Demasiado grande.

—Sí.

En alguna parte un teléfono comenzó a llamar. El *barman* dejó de charlar y fue a atender la llamada al otro extremo de la extensa barra. Desde allí gritó, sin dirigirse a nadie en particular:

—¡Lllaman a míster Lombard! Míster Lombard al teléfono...

Todavía estaba gritando cuando le arrebaté el auricular de la mano. Escuché un segundo y después murmuré:

—Al habla.

La misma voz que escuchara en el hotel dijo esta vez:

—Magnífico... Sé que llegó usted anoche, lo cual me demuestra que está al margen de cuanto sucede. Necesito hablarle.

—Para eso estoy aquí.

—Quiero saber lo sucedido con Nash... y otras cosas. No se mueva del bar. Ella vendrá a buscarlo en cualquier momento.

—¿Ella?

Colgó, dejándome un tanto desconcertado. Todo me parecía demasiado

complicado, con excesivas precauciones. Si ella no deseaba ser vista en el «Sands» le bañaba con haberme citado en otro sitio, o haberme dicho ahora el lugar más apropiado para vernos.

En fin; ella lo quería con todo ese teatro y no iba a ser yo quien le estropease los planes.

El mozo dijo, al verme dejar el aparato y volver a mi lugar:

—Nunca son puntuales. Me han dado cada plantón de espanto... pero ahora ya he aprendido. Las hago esperar a ellas y así sé cuál está coladita por mí y cuál está solo ligeramente interesada...

—Bueno...

Ya estaba cansado de escuchar su insulsa charla, pero como seguramente tendría que continuar allí un buen rato y no era cuestión de repetir las bebidas muy a menudo, opté por aguantar pensando que eso me ahorra unos buenos dólares.

Pero entonces tuve la suerte de que la barra se poblara de bebedores y el charlatán estuvo demasiado ocupado para darme la lata.

Fumé incontables cigarrillos sin dejar de pensar en la tardanza de la mujer que iba a servir de mensajera. Me volví de espaldas al mostrador, en el que apoyé los codos, de manera que una vez más me dediqué a recorrer con la mirada las bellezas que se exhibían en la piscina. Eran de maravilla...

De repente, una de ellas, que hasta entonces había permanecido sentada en una silla extensible, cerca de una mesita, se levantó mostrando toda su elástica figura y habló brevemente con un camarero que recogía el servicio de la mesa y un teléfono portátil que había sobre ella.

El camarero se alejó y ella comenzó a atravesar el espacio que la separaba de la terraza del bar. Era majestuosa, y se movía con la gracia felina de una pantera negra.

Mis ojos no podían apartarse de ella. Era fascinadora. Uno se sentía capaz de cualquier locura por una mujer semejante.

Entonces se detuvo en seco, a la mitad de su recorrido, bajo los rayos del sol. La vi vacilar sobre sus altos tacones. Retrocedió un paso, tambaleándose, y un pie le escapó de la ligera babucha de tiras que calzaba.

Estaba vacilando todavía cuando yo ya había saltado del taburete, aunque maldito si en aquellos instantes pensaba en lo que iba a hacer.

Entonces se desplomó sin un grito, hasta con cierta gracia al caer. Sencillamente, sus rodillas se doblaron y la altiva belleza cayó hacia atrás.

Pasado el primer instante de estupor, la mayoría de cuantos estábamos allí echamos a correr. Fui de los primeros en llegar junto a la caída muchacha, pero cuando me incliné ya había dos hombres examinándola.

Vi la mancha roja que iba agrandándose justo bajo el seno izquierdo, casi rozando la tela del «dos piezas». En el centro de la mancha había un

oscuro agujero por el que se deslizaba la sangre muy despacio.

Los dos tipos que se habían arrodillado junto a ella estaban como petrificados. Aquello iba a ser un buen lío, de manera que retrocedí hacia la barra y estaba llegando a ella cuando estallaron los excitados comentarios de los estupefactos mirones.

—¿Se ha desmayado? —indagó el mozo, sin dejar de sacarle brillo a un vaso con la dorada marca de la casa.

—Está muerta.

El vaso escapó de sus dedos y se hizo polvo contra el suelo.

—¿Mu... muerta? —balbuceó.

—Le han metido un balazo en el pecho.

Se irguió. Miró los trozos de cristal, el grupo que rodeaba a la mujer caída y al fin de nuevo a mí. Estaba escamado, creyendo que le tomaba el pelo.

—Oiga —gruñó—. No tiene derecho a...

Entonces vio acercarse a uno de los curiosos y calla.

El hombre estaba pálido y apenas si se le entendió cuando pidió el teléfono.

Unos segundos después estaba hablando con la policía y el mozo no tuvo más remedio que convencerse de la certeza de mis afirmaciones.

Entretanto, el grupo alrededor del cadáver se había multiplicado. Todas las demás estatuas de carne se apelotonaban tratando de ver el espectáculo desde primera fila. Alguien daba órdenes con voz seca y los camareros hacían cuanto podían para obedecer esas órdenes y mantener apartados a todos los mirones...

Hasta que llegó la policía. Entonces todo el mundo despejó el campo y los agentes de paisano pudieron trabajar a sus anchas.

Contemplé sus manejos, los chispazos de los fotógrafos, sus esfuerzos para establecer el lugar desde el que le habían disparado...

Eso no era difícil de averiguar. Solo había un sitio desde el que hacer fuego con un arma provista de silenciador y acertar un blanco semejante. El jardín que circundaba aquella parte de terreno. Era un hermoso conglomerado de flores tropicales, grandes hojas de un verde deslumbrante y altísimas palmeras. Todo aquello debía haber costado una fortuna para aclimatarlo en semejante infierno, pero era lo bastante espeso para servir de escondrijo a un asesino de pulso firme.

El *barman* andaba loco atendiendo a la avalancha de bebedores que habían caído sobre el bar. Todo el mundo comentaba el suceso, emitía su opinión y había quien afirmaba con toda seguridad que el disparo lo habían efectuado desde una ventana del hotel, con un rifle provisto de mira telescópica y silenciador.

Era para echarse a reír, porque o mucho me equivocaba o el agujerito de la bala correspondía a un «32», de manera que debía tratarse de un rifle

más que extraño...

De pronto, entre todo el alboroto de voces que me rodeaba, una de mujer susurró junto a mí:

—No me mire. Sígame cuando me vaya.

Me llevé el vaso a los labios. Al volverlo a dejar pude ver fugazmente la cabellera roja alejándose hacia el extremo del bar más cercano al edificio del hotel.

Sin apresurarme anduve tras la cabellera, asegurándome de que no me seguían a mí. Cuando doblé el recodo vi un ancho sendero que iba a hundirse entre la vegetación de aquella parte del jardín. Supuse que allí donde se perdía habría algún recodo.

La pelirroja me llevaba algunos pasos de ventaja. Era alta y en cuanto a la exuberancia de sus formas no tenía nada que envidiar a las que se ofrecían en la piscina. Andaba sin demostrar nerviosismo y sus redondas caderas movíanse con el mismo ritmo que las de una bailarina tropical...

Apresuré un poco el paso, pero ella llegó al recodo antes que yo y desapareció. Comencé a preguntarme si no habría sido demasiado crédulo. Si aquello resultaba una trampa, alguien podría ejercitar en mí su condenada puntería.

Cuando llegué al recodo había decidido adoptar ciertas precauciones, así es que avancé sin hacer ruido y con todos los sentidos alerta.

Creo que fue gracias a la tensión que pude oír la débil exclamación de la mujer que me precedía. Fue una especie de grito de alarma, pero ahogado inmediatamente. Me detuve y agucé el oído.

Una voz de hombre rezongó:

—Esta vez hemos dado contigo, zorra... Ya nos has dado bastante trabajo...

Eso me dio a entender que, en todo caso, era ella quien había caído en una trampa.

Me deslicé como un piel roja, pegado a las plantas.

No era más que un hombre el que mantenía a la chica bajo la amenaza de un enorme revólver. Tenía una mano tendida y estaba diciendo:

—Dame tu bolso, no quiero sorpresas.

Avancé todavía unos pasos más sin dejarme ver. Por entre las verdes hojas vi al fulano como intentaba abrir el bolso con una sola mano, mientras con la derecha seguía apuntando a la mujer con su «45». Si el bolso resistiera...

Finalmente, movió la mano derecha para ejercer presión en el cierre. Entonces salté como lanzado por una catapulta.

El individuo me vio llegar cuando ya le caía encima. Dejó caer el bolso al suelo e intentó enfocarme con su enorme revólver, pero mi puño derecho se abatió sobre su cuello mucho antes que él hubiera podido moverse.

Recibió el impacto y cayó hacia atrás, pero no me detuve. Mis dedos se cerraron sobre el revólver mientras con la derecha seguía machacándole la garganta hasta que se desmadejó igual que un muñeco. Un sordo estertor brotaba de su boca abierta, mientras los pulmones se le desgarraban en busca de un aire que ya no podía llegar hasta ellos.

Con el «45» en la mano me levanté y quedé frente a la mujer. Al verle el rostro me estremecí. Era lo más hermoso que yo hubiera soñado jamás, ni siquiera en mis noches de delirio.

Tomé el bolso, que pesaba más de la cuenta, y se lo devolví. Entonces guardé el revólver en mi bolsillo y dije:

—Ya podemos seguir el camino, preciosa. Imagino que su obligación es llevarme hasta Babs, así que...

—Yo soy Babs —susurró.

Hasta su voz era maravillosa. Un tanto profunda, pero acariciadora como el terciopelo.

—¿Le ha fallado la dama que debía servir de enlace? —indagué casi adivinando la respuesta.

—Usted la ha visto —su voz se quebró, pero luchó por hablar con serenidad—. Es la muchacha a quién han matado.

—Lo he supuesto en cuanto he visto el agujero en su pecho. Poco antes había estado hablando por teléfono.

—Lo sé... Pobre Brick... Es malo jugar con dos barajas...

—Ya veo. ¿No será usted quien le ha soltado el balazo?

—No. Pero iba a traicionarme. Además de usted, habría guiado a alguien más hasta mí...

Miré al pistolero. Tenía los ojos en blanco y su aspecto no me gustó nada.

—Será mejor que nos larguemos de aquí, Babs —dije, adoptando el mando de la situación—. No tengo ningún interés en que me vuelen la cabeza.

Anduvimos por el jardín hasta que ella me llevó al gran aparcamiento trasero del «Sands». Allí, y sin detenerse, abrió el bolso y sacó unas llaves.

—Tenga, conducirá usted...

El auto era un «Cadillac» descapotable de dos colores. Un vehículo de lujo, llamativo y chillón. Lo más opuesto al coche que se necesita para pasar inadvertido.

No obstante tenía un motor como el de un avión y tan pronto lo tuve en el *Strip* lo puse a ochenta por hora, siguiendo las indicaciones de mi compañera.

—Estamos alejándonos de Las Vegas —dije—. ¿Puedo saber a dónde me lleva?

—A un motel. Tengo alquilada una cabaña. Allí podremos hablar sin que nos estorben.

—Okey, pero permítame decirle que un motel es un mal escondite. Si fuese yo quien la persiguiera no me costaría nada dar con su paradero.

—Hasta el momento ha sido un buen refugio.

—Tal vez esos tipos son aficionados.

—¿No ha visto usted al del revólver? Todos son por el estilo, o peores. No se detienen ante nada.

—Ya pude apreciarlo anoche —dije entre dientes—. Veo que Nash tenía razón. Tratan de matarla.

—Ya hablaremos de eso. Por el momento, cuénteme qué sucedió anoche con Nash.

Le relaté concisamente mis andanzas por el desierto, después que mi coche se negó a seguir viviendo. No le quité ni añadí detalle, incluso le revelé el despojo de los cadáveres con la intención de averiguar su identidad una vez en lugar seguro.

Cuando acabó mi relato, permaneció unos instantes silenciosa, hasta que de repente murmuró:

—Pobre Nash... Hizo cuanto pudo. No debieron mandarlo a él solo...

—¿De qué está hablando?

En lugar de responderme extendió el brazo y señaló un gran letrero vertical que se divisaba a cosa de media milla, sobre un altozano.

—Allí está el desvío... Vaya directamente a la cabaña número cinco. Yo tengo la llave.

—Bueno.

—¿Qué más le dijo Nash, aparte de mi nombre?

—Estaba agonizando, usted sabe... Deliraba...

—¿Qué dijo? —insistió con voz seca.

—Habló de millones.

La miré por el rabillo del ojo. Vi la sombra de una sonrisa flotar por la comisura de su boca. No se alteró lo más mínimo.

Solo quiso aclarar:

—Y usted... ¿lo creyó?

—¿Se refiere a los millones?

—Sí.

—Bueno... Un moribundo siempre dice la verdad, ¿no?

—A menos que esté delirando.

—Ya veo.

—Cuidado... el desvío.

Cerré la boca y ya no volví a hablar hasta después de haber dejado el rutilante «Cadillac» bajo el cobertizo rasero de la lujosa cabaña.

CAPÍTULO IV

—Así que se ha metido en esto pensando en las palabras de Nash referente a unos millones...

Estaba de espaldas a mí, preparando unas bebidas. Yo seguía subyugado por su exquisita belleza y apenas si podía concentrarme en nada más que en gozar de su presencia.

No obstante, dije con poca convicción:

—Eso es solo una parte. También me pidió que la ayudara a usted, Babs, porque alguien quería matarla.

Giró sobre sus altos tacones y se acercó a mí con uno de los largos vasos, en el cual tintineaba el hielo. Me apoderé de él y ella se apartó nuevamente. Habló desde el pequeño bar portátil.

—No hay millones en este asunto, míster Lombard. Lo que Nash dijo debió ser algo así como... una expresión figurada.

—¿Lo quiere todo para usted, linda?

Esbozó un gesto de impaciencia.

—Le repito que no hay dinero en todo esto. Es algo demasiado grave para pensar en beneficios...

—¡No me diga! ¿Cree que nací ayer? Los pistoleros no se mueven si no es por un buen puñado de billetes. Y no matan por deporte tampoco... Y usted, Babs, ¿por qué se arriesga, le gustan las aventuras acaso?

—Deje los sarcasmos si quiere seguir hablando conmigo, míster Lombard. Aunque empiezo a creer que me he equivocado con usted.

—Posiblemente. Todo el que intenta engañarme acaba dándose cuenta de su equivocación.

Sorbí un poco de *whisky*. Estaba helado y bueno. Ella bebió igualmente antes de proseguir:

—Todos esos pistoleros se mueven empujados por la ambición, naturalmente —dijo—. Alguien les paga por hacerlo.

—¿Quién?

—No lo sé con seguridad, aunque lo sospecho. Para ese hombre, o para cualquier otro sin escrúpulos, el botín puede significar mucho dinero, millones, tal como Nash le dijo. Pero ese botín no puede caer en malas

manos, míster Lombard...

—¿Por qué no habla claro de una vez? Sigo sin entender una palabra. ¿Qué clase de botín es el que está en juego?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—De momento no puedo decírselo. Si continúa deseando ayudarme tendrá que ser sin pensar en el dinero, míster Lombard.

—Nunca me ha gustado trabajar por amor al arte —dije con mal humor. Todos mis sueños se venían abajo estrepitosamente—. ¿No será que lo quiere todo para usted, Babs?

Esbozó una sonrisa forzada.

—En absoluto —murmuró—. Lo único que deseo es que todo esto termine de una vez.

—Okey, ya que he empezado seguiré adelante. Después de todo, hace algún tiempo que acostumbro a trabajar gratis...

—Hábleme de usted —pidió de pronto—. Necesito conocerle...

—¿Para qué? Si voy a trabajar para usted solo por su cara bonita no veo que necesite muchos informes míos.

—No se trata de informes —se impacientó—. Solo que me gusta saber quién tengo a mi lado en los momentos difíciles.

—¡Oh, está bien, está bien! Una mujer tan hermosa como usted debe tener sus privilegios.

Apuré el vaso. Ella lo tomó y preparó otra bebida mientras yo empezaba a contarle brevemente mi biografía.

—Hasta hace dos meses —dije—, fui detective privado en Los Ángeles. Antes de eso había desempeñado distintos trabajos, pero no eché raíces en ninguno hasta que me lié con las investigaciones. Eso me gustó y abrí una pequeña oficina.

—¿Por qué lo dejó?

—Me obligaron a dejarlo, niña. La policía me tomó ojeriza y acabó por arrebatarme la licencia.

—¿Por qué?

—¿Qué es eso, la inquisición? —protesté—. En fin, se lo diré, se lo diré también. Ellos dijeron que yo no podía investigar un asesinato y yo no les hice caso. Lo investigué y, lo peor de todo, di con el culpable apenas unos minutos antes que los policías, de manera que los periodistas que ellos mismos habían puesto sobre aviso cayeron sobre mí como buitres y me llevé los laureles. Naturalmente, no podían perdonármelo...

—Comprendo —murmuró, pensativa—. Creo que el Destino le ha traído hasta mí.

—Tal vez. ¿Por qué no habla usted un poquito ahora, para variar?

—Hay cosas que no puedo revelarle...

Se paseó de un lado a otro de la espaciosa estancia. Era delicioso contemplarla, dejándose aprisionar por la extraña atracción que se

desprendería de ella semejante a un flujo magnético.

—Dígame por lo menos quién dirige el concierto, Linda. Necesito saber quién intentará rebanarme el pescuezo en los próximos días.

—No es nada como para hacer chistes —refunfuñó.

—Está bien, en serio, querida; necesito conocer a mis enemigos, ¿no es cierto?

—Todavía no estoy muy segura de su colaboración, míster Lombard.

—Llámemme Vince. No olvide que somos socios. Y ahora, al grano, pequeña. ¿Sabe usted por lo menos quién manda el bando contrario?

—No con seguridad, pero la mayoría de pistoleros que he logrado identificar hasta ahora trabajan para Fred Corday.

—He oído algunas cosas de él... Uno de esos *gangsters* independientes, ¿no?

—Eso parece.

—Bueno, otra cosa. ¿Sabe dónde está escondido el botín, sea lo que sea?

—No.

—Esta sí que es buena. Nash dijo...

—Fue Nash precisamente quien lo tuvo en sus manos poco antes de que le mataran. Debió esconderlo, después de matar al asesino que huía con el paquete.

—¿Y no le comunicó a usted el escondrijo?

—No, solo me citó para la noche pero... ya no acudió.

—Entonces es todo un panorama, niña... Toda esa jauría de lobos creyendo que el paquete está en poder de usted. Y usted sin tener ni idea del paradero. Supongo que querrá echarle mano, ¿no es así?

—Aunque sea lo último que haga, Vince... Cuando pueda revelar la verdad comprenderá la importancia que tiene para mí este asunto.

—Okey, esperaré. Y dígame, ¿no habrá manera de sacar beneficios de ninguna clase?

Me miró largamente y sonrió.

—Monetariamente creo que no, Vince.

—Ya veo...

Siguió plantada ante mí, erguida y majestuosa. Lentamente, pasó las manos por el suave contorno de sus caderas y su mirada se volvió desafiante. Entonces murmuró:

—Tal vez encuentre la manera de pagarle, después de todo...

—Sí, ya me ocuparé yo de eso.

Encendí un cigarrillo para desvanecer el nerviosismo que comenzaba a apoderarse de mí. Entre el humo la vi apartarse hasta quedar apoyada al lado de una ventana, con la mirada perdida en la espesura del jardín.

Desde allí murmuró:

—Cuando esto termine...

No añadió nada más. Bebí todo el *whisky* que quedaba en mi vaso y me acerqué a ella.

—Escuche, bien, muchacha, y tome nota de cómo actúa un profesional. ¿Lista?

Esbozó una sonrisa.

—Gracias por tratar de animarme, pero...

—Nada de eso. Voy a decirle qué me propongo hacer, ¿conforme?

—Le escucho.

Tuve que desviar la mirada para no estrujarla entre mis brazos y besarla en los rojos labios solo para ver qué pasaba. En lugar de eso dije:

—Me propongo regresar al hotel. Ocupo la habitación vecina de la que ocupó Nash, de manera que si alguien se propone registrar su cuarto le caeré encima, ¿está claro?

—Sí, continúe.

—Por otra parte, esta noche yo también daré un vistazo por la habitación. Tal vez haya un indicio del lugar en que guardó el botín. Y, después de todo esto, creo que algún pistolero me hará una visita.

—¿A qué se refiere?

—Uno de ellos tropezó conmigo cuando yo abandonaba la habitación de Nash, después de hablar con usted por teléfono. Era un gorila gigantesco que se apresuró a buscar un bar desde el que llamar por teléfono. A estas horas deben tener una vigilancia especial montada en el hotel.

—Entonces, si eso es cierto, no debe usted volver allí...

—Tonterías. Casi es preferible que me echen el guante a fin de que pueda conocer al mandamás, ese Corday o como se llame. En cuanto a usted, Babs, debería instalarse en la ciudad. Aquí la descubrirán y es un lugar muy solitario para que ofrezca garantías. Prepare su equipaje y regrese conmigo, ¿le parece bien?

—No, Vince... Estoy bien aquí. Además, debo quedarme unos días más. Cierta persona se pondrá en contacto conmigo aquí, ¿comprende? En la ciudad no sabría dónde hacerlo.

No insistí. Después de todo, se suponía que quien llevaba el mando era ella.

No obstante, planteé un nuevo problema.

—¿Con qué voy a volver a Las Vegas? Por aquí no creo que haya taxis...

—Llévese el «Cadillac». Yo no podré moverme de aquí hasta que esa persona se ponga en contacto conmigo, de manera que puede usted utilizar el coche. Es alquilado.

—Está bien, tiene usted respuestas para todo. Pero vendré a buscarla tan pronto sepa algo concreto sobre esos bastardos. A propósito... No olvide que ahora ya la conocen. El pistolero que le salió al paso en los

jardines del «Sands» actuaba sobre seguro. Puede haber otros.

—Los hay, pero no creo que me conozcan. Aquel se limitó a seguirme después que vio cómo le atraía a usted. Le vigilaba a usted, no a mí. Aquella desgraciada me había traicionado.

—Ya veo...

—Y ahora, váyase, Vince. Estoy segura que podrá usted ayudarme mucho.

—Lo dudo. Ni siquiera sé qué debo buscar...

—Aunque lo supiera usted no adelantaría nada. Pero en realidad, puede usted ayudarme mejor si concentra sus esfuerzos a desenmascarar al que paga a esos pistoleros. Lo demás se nos dará por añadidura.

Me encogí de hombros. No estaba de acuerdo con sus teorías, pero calculé que de momento no tenía otra opción que seguirle el juego. Más adelante ya veríamos si el famoso botín era tan rico como todo hacía suponer.

No obstante, antes de abandonar la cabaña, le advertí:

—Tenga cuidado, Babs...

—Lo tendré.

—No me refiero a eso. Quiero decir que no intente jugar por su cuenta, dejándome en la cuneta una vez comenzado el juego. ¿Ha comprendido?

Asintió con un gesto. Entonces incliné la cabeza y la besé fugazmente en los labios. Me pareció sentir una descarga eléctrica en la boca, pero ella se apartó inmediatamente, aunque sin delatar el menor enfado.

—Es usted demasiado impulsivo, Vince —murmuró.

—No me gusta perder tiempo.

—Ya lo he notado.

—En ningún aspecto.

Abrí la puerta y salí al exterior.

Cuando pasé con el «Cadillac» ella estaba en la puerta y me saludó con la mano. La vi desaparecer en el interior y entonces aceleré, deseoso de lanzarme por la carretera con el rutilante bólico.

Mientras el aire silbaba en mis oídos y el achicharrado paisaje del desierto desfilaba a ambos lados como una cinta animada, mi mente no cesaba de darle vueltas al asunto. Sin duda alguna, era lo más descabellado, sorprendente y absurdo con que hubiera tropezado jamás. Y a lo largo de mi carrera de investigador los había tenido de todos los calibres.

Y el misterioso botín... ¿Estaría Babs tomándome el pelo? Sin embargo no tenía sentido hacerlo. Era indudable que el botín existía, fuera lo que fuese. ¿Drogas tal vez? Ella había mencionado que si caía en malas manos podría convertirse realmente en millones de dólares...

Demasiado complicado. Ahuyenté de mi cerebro el fantasma del botín y me concentré en los pistoleros. Esos no tenían nada de fantasmagórico.

Eran entes de carne y hueso, y el «45» que viajaba en mi bolsillo era buena prueba de ello.

Lo acaricié casi inconscientemente.

Anohecía cuando detuve el descapotable en el aparcamiento del hotel «Carmichael».

CAPÍTULO V

Me duché rápidamente y, tras cambiarme de traje, decidí que se imponía un examen a fondo del cuarto que había pertenecido a Nash.

Las ganzúas hicieron su trabajo sin dificultad, y una vez dentro encendí la luz, seguro de que no corría ningún peligro. Pero podía haberme ahorrado el trabajo y el riesgo. La habitación estaba tan limpia como si jamás hubiera habido nadie en ella. Los armarios vacíos, la mesilla sin nada en los cajones y hasta los estantes del cuarto de baño aparecían vacíos de lo que puede esperarse hallar en semejantes sitios.

Apagué las luces, disgustado, y abandoné la habitación. Era indudable que la policía había estado allí. O el hotel se había incautado de los efectos de Nash, en espera de que alguien pagara su cuenta, o era la policía quien se había apoderado de todo.

El recepcionista me aclaró el misterio. Era la policía quien tenía en su poder todo cuanto había sido encontrado en la habitación doscientos uno.

Había perdido el tiempo, pensé mientras me alejaba del hotel a buen paso. Tenía que haber registrado aquella maldita habitación mucho antes.

No llevaba recorridos ni doscientos metros cuando una desagradable sensación en la nuca tensó todos mis nervios. Alguien andaba siguiéndome.

Ya había experimentado esa desagradable premonición otras veces, de manera que adopté ciertas precauciones para tratar de descubrir al espía. Más, esta vez, la cosa no resultó tan fácil. O el tipo era un profesional de los mejores o yo estaba equivocado y nadie venía pisándome los talones.

Doblé un par de esquinas, desviándome de mi camino hacia el restaurante mejicano, pero ni así logré identificar al perseguidor. ¿Estaría perdiendo facultades?

Al fin decidí que ya había perdido demasiado tiempo y me encaminé directamente al establecimiento.

Antonio vino como una flecha en cuanto me vio.

—Es muy temprano todavía —dijo—, pero mientras usted cena y una cosa y otra...

—Un momento —le atajé—. Creo que alguien ha venido siguiéndome hasta aquí, Antonio, sin embargo, nadie ha entrado detrás de mí. ¿Hay

algún otro saloncito, o algún bar donde ese fulano haya podido meterse?

—No, señor —entrecerró los ojos, excitado—. ¿Un atracador, eh?

—Algo así... Debe haberse quedado en la calle...

—Saldré y...

—Nada de salir —exclamé, tajante—. Si es cierto que me vienen detrás quiero echarles la vista encima, pero sin asustarlos, ¿comprendes? No deseo que escapen antes de tiempo.

—Ya sé. Daré un vistazo. ¿Quiere encargar la cena ahora, señor?

—Lo dejo a tu elección, Antonio. Solo te advierto que tengo un apetito voraz.

Sonrió de oreja a oreja y se alejó tan satisfecho como si acabara de aumentarle el sueldo.

El local estaba casi lleno, de manera que los camareros andaban muy atareados. Antonio comenzó a servirme la cena apenas sin despegar los labios.

Una de las veces murmuró:

—Todavía no he podido salir... Hay mucho trabajo...

Asentí con un gesto y me dediqué a engullir el excelente menú. Cuando me sirvió los postres, Antonio dijo:

—Hay un tipo al otro lado de la calle, fumando cigarrillos y esperando a alguien al parecer.

—A mí seguramente. ¿Cómo es?

—Una especie de gigante, aunque no he podido verlo bien a causa de la poca luz.

—¿No hay ningún otro?

—No lo sé.

Acabé con los postres, encendí un cigarrillo y pedí café. Con el café llegaron más noticias.

—Ahora hay un coche con un tipo al volante, estacionado al otro lado.

—¿Y qué? Imagino que habrá centenares de coches a lo largo de las aceras...

—Un momento, señor —me interrumpió Antonio—. El gigante que parece esperar a alguien ha estado hablando con el conductor del coche. Después ha vuelto a colocarse en la oscuridad.

—Eso cambia las cosas...

Antonio se inclinó un poco más.

—¿Está usted en algún aprieto, señor? —indagó, muy interesado.

—Todavía no lo sé, pero esos fulanos son pistoleros. Creo que... que me han confundido con otro.

—Bueno, entre usted y yo podemos darles un susto...

—Tengo que pensarlo. De momento, tráeme otro café...

Saboreé el ardiente líquido y reflexioné a fondo. No había duda que los dos fulanos que aguardaban fuera estaban dispuestos a capturarme, por

me habían traído el coche y otro satélite. Bien, hasta cierto punto, a mí me convenía que me echaran el guante... porque suponía que me llevarían a presencia del mandamás para interrogarme.

Lo que ya no estaba tan claro era lo que podría suceder después, cuando se convencieran de que no podía proporcionarles informe alguno.

No obstante, cabía la posibilidad de que en la escaramuza verbal yo pudiera enterarme de la naturaleza del botín tras el que iban y de algunas cosas más. Era un riesgo que había que correr.

Esperé hasta que Antonio se me acercó con la factura. Entonces le di instrucciones.

—Voy a dejar que me echen el guante —le dije—. Quiero ver en qué termina todo esto, ¿comprendes? Tú nos seguirás en un taxi, pero sin intervenir para nada. Una vez veas el lugar a que me llevan, te quedarás esperando exactamente media hora, y si en ese tiempo no he salido llamarás a la policía sin darte a conocer. ¿Está claro?

—Del todo, señor, pero no me gusta. En media hora pueden corlarle en pedacitos, ¿sabe?

—No lo harán. ¿Puedo confiar en ti, muchacho?

—¡Naturalmente!

—Okey, voy a darte cinco minutos de ventaja para que puedas estacionarte por las cercanías con un taxi; después saldré y veremos lo que pasa.

No muy convencido, fue a cambiarse de ropa y unos instantes después abandonaba el local. Consulté el reloj y aguardé con creciente impaciencia que transcurrieran los cinco minutos convenidos.

Entonces salí.

Había varios coches aparcados al otro lado de la calle. Como esta era de dirección única me dije que le sería fácil al taxi iniciar la persecución, de manera que eché a andar en la dirección que forzosamente tenían que seguir los coches. No podrían quejarse de las facilidades que les estaba dando.

No había recorrido ni media manzana cuando noté el contacto de un arma presionando en mi costado y una voz dijo:

—Sin alborotar, amigo. Acérquese al bordillo...

Por el rabillo del ojo distinguí la enorme masa del pistolero. No me costó reconocer al fulano que me había sorprendido en la habitación de Nash.

Obedecí sin rechistar. Resultó una maniobra perfecta, de profesionales. El coche se acercó a poca velocidad, se abrió la portezuela trasera y yo me encontré medio tumbado sobre el asiento sin que el auto hubiera tenido que detenerse del todo. El pistolero saltó a su vez y hurgó mis costillas con el cañón del revólver.

—Mucho cuidado ahora, chico...

Tanteo mis bolsillos hasta dar con el «45», del que se apoderó mientras el coche ganaba velocidad y se alejaba de aquellos barrios.

—Te gustan las armas grandes, ¿eh? —rió el gigantón.

No dije nada, atento al camino que seguíamos. El chófer refunfuñó:

—Será mejor que le tapes los ojos. Me parece un tipo muy listo...

—¿Y cómo lo vigilo mientras le ato la venda? No... yo tengo un sistema mejor...

Antes que pudiera prever lo que se proponía, el enorme individuo movió el brazo como una centella y el revólver golpeó mi nuca como un proyectil.

Hubo un estallido de luces delante de mis ojos, o dentro de mi cráneo, y cuando se apagaron los chispazos me hundí en una completa oscuridad en la que no existía nada en absoluto, ni siquiera el dolor del golpe. Mi último pensamiento fue para Antonio y su taxi, el lazo que me unía a la vida.

Las primeras sensaciones fueron imprecisas, algo así como un rumor sordo, de marea, creciendo y acercándose hasta romperse contra las rocas de un acantilado.

Después, las olas que semejaban rumorear en mi mente se poblaron de extrañas voces y en el mismo instante despertó el terrible dolor en mi cráneo y ya no dudé que me habían partido la cabeza por la mitad.

El dolor arrancó un gemido de mis apretados labios. Al mismo tiempo, las voces callaron y el oleaje dejó de fluir contra las rocas, conque aparte del dolor ya no percibí nada más hasta que alguien dijo:

—El chico despierta, O'Reilly. Avisa al patrón...

Abrí los ojos y tras unos segundos en que no pude distinguir nada más que una niebla gris descubrí al tipo. Estaba sentado en una desvencijada caja de madera y me contemplaba casi con indiferencia. Era el mismo individuo que me había capturado.

—Me parece que te sacudí demasiado fuerte, compañero —gruñó, como si lo lamentase.

—Sí, eso creo.

El gigante me tiró un cigarrillo.

—Toma, fuma entretanto.

Lo encendí y las primeras bocanadas de humo tuvieron gusto a trapos quemados. De repente pensé en algo más.

—¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí? —indagué, sobresaltado.

—No mucho... Tal vez diez minutos, o quince...

—¿Puedes decirme también qué demonios significa todo esto?

—Ya hablarás con el jefe.

—¿Quién es el jefe?

—Ya lo verás. No me pongas nervioso, compañero, o tendré que atizarte otra vez.

—Imagino que lo lamentarías, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—No —dijo—, pero me molestaría.

Le miré, desconcertado. Más, antes que pudiera seguir con mis tanteos escuché unos pasos que se acercaban y entraron dos hombres. Uno era el mismo que había conducido el auto. El otro resultó un completo desconocido para mí.

No obstante, fue este quien masculló:

—¿Seguro que es ése el tipo, Donelly?

—Por completo, patrón —aseguró el gigante.

El «patrón», se enfrentó conmigo. Yo hice un esfuerzo y conseguí sentarme en el suelo.

Entonces examiné lo que me rodeaba, haciendo esfuerzos por ignorar la presencia del jefe.

Estábamos en una especie de pequeño almacén mal alumbrado cuyo suelo de cemento estaba más sucio de lo que habría estado si se tratara de un lugar en el que se trabajase regularmente. Grandes montones de cajas como la que servía de asiento al gigante se apoyaban en las paredes. No había un solo mueble.

El jefe gruñó:

—¿Su nombre?

—Llámeme Vince —dije de mal talante—. Y espero que tenga una buena explicación para semejante atropello.

—Seguro que la tengo. Pero quizá no quiera dársela. ¿Vince Lombard?

—Veo que han hecho preguntas en el hotel, ¿eh? Está bien, ese es mi nombre. ¿Qué es lo que sigue?

El fulano se apartó de mí con evidente disgusto. Era alto y bien proporcionado, aunque su rostro no resultaba agradable a causa de la expresión helada que se desprendía de él. Vestía ropas de precio y sabía cómo llevarlas.

—Levántese —ordenó.

Lo hice, fingiendo que me costaba mucho más de lo que realmente me costó. Así creerían que seguía aturdido por el porrazo.

Dando un bien simulado traspié fui a buscar apoyo en un montón de cajas.

El patrón dijo:

—Así está bien. Ahora, cuéntenos qué encontró en la habitación de Larry Nash. Ya ve que estoy enterado de «todo».

—Narices.

—¿Qué?

—Usted no sabe nada de nada. Ese angelito le dijo que me había visto salir de la habitación vecina a la mía y usted sumó dos y dos. Okey, esta vez el resultado ha sido cinco.

—No apure mi paciencia, Lombard, o tendré que hacerle daño.

—No registré aquella habitación, compañero —dije burlonamente—. Solo estuve allí para recibir una llamada telefónica, eso es todo.

El tipo se irguió y sus ojos centellearon. Comprendí que me creía debido precisamente a la sencillez de mi explicación.

—Ya veo... Una llamada destinada a Larry Nash.

—Eso es.

—¿Y la recibió usted?

—Sí.

—Ajá. Siga así y es posible que pueda salir de este sin más daño. ¿De quién procedía la llamada?

—De una mujer.

El asintió con un gesto casi sin darse cuenta. Entre dientes refunfuñó:

—Eso debió habérsenos ocurrido a nosotros... —levantó la cabeza y clavó su mirada en mi cara—. Siga hablando, Lombard. Quiero saberlo todo...: quién era la dama, qué le dijo por teléfono, cómo quedaron ustedes... Todo, ¿comprendido?

—Me gustaría saber qué gano yo con todo esto, ¿eh?

El fulano me obsequió con una mueca.

—Conservar la cabeza sobre los hombros, ¿le parece poco?

—Deje de hablar como un matón de película —le solté—. No pienso darle mis informes gratuitamente... Yo cobro para informar a la gente.

—No apure mi paciencia o...

—Creo que tendremos que suavizarlo, patrón.

La voz cascada del gigantón atrajo la mirada de su jefe. Este masculló:

—Sí, creo que sí...

—No conseguirán nada —dije en plan de desafío—. Solo cambiando informe por informe les diré algo que puede ser interesante para ustedes, aunque tampoco estoy muy seguro de eso.

—No está en situación de dictar condiciones. Donnelly, hazle comprender que le conviene colaborar.

El gigante se movió pesadamente, apartándose de la caja, Las cosas estaban complicándose por momentos. Hablé apresuradamente, retrocediendo al mismo tiempo ante la masa de músculos que se movía igual que un tanque.

—Escuche y no sea loco —dije a borbotones—. Yo sé quién era la mujer que se comunicaba con Nash. Sé lo que este andaba buscando y lo que hizo con...

—Dale, pequeño —fue todo lo que ordenó el jefazo.

El gigante dirigió su puño contra mi plexo solar. Era un puño del tamaño de un jamón. Si llega a darme me sale por la espalda, pero pude esquivar y apartarme de él otra vez.

—Dígame algo sobre la clase de botín que andan buscando y yo le

revelaré cuanto sé.

No me hizo ningún caso. El gorila estaba otra vez sobre mí y tuve que emplearme a fondo para esquivar sus dos mazazos. Aquellos puños me tenían fascinado. Eran como mazas...

Me dije que no podría esquivar eternamente, de manera que era cuestión de hacer algo al respecto...

El jefe y el otro matón contemplaban la escena sin intervenir, divertidos por aquella especie de esgrima entre un elefante y una hormiga. Tal vez la diversión acabaría resultándoles amarga.

Donnelly consiguió acorralarme contra las cajas y me descargó un terrible mazazo con la izquierda. Pude esquivar por una pulgada y su puño astilló la madera de una caja y se hundió en ella. Debí dolerle lo suyo, porque comenzó a aullar mientras la sangre brotaba a chorros de los desgarros causados por las astillas.

Aproveché la oportunidad y le clavé una rodilla en la ingle. Sus aullidos aumentaron de diapasón y se dobló sobre sí mismo, la mirada turbia y oscilando de un lado a otro.

Fui tras él y le incrusté la punta del zapato en el vientre. Otro tipo cualquiera habría caído definitivamente, pero el gigantón todavía trató de agarrarme el pie, mientras gritaba como una bestia herida.

No obstante, cayó de rodillas agarrándose desesperadamente el vientre con las dos manos. Entonces junté las mías formando una especie de maza y le descargué un hachazo en la nuca capaz de romperle el cuello a un buey. A él no se lo rompí, pero fue suficiente para que cayera de bruces y quedara inmóvil sobre el sucio cemento.

Eso dio a entender a la pareja que quedaba que las cosas no les iban a resultar tan fáciles como habían creído. El otro pistolero sacó el revólver y gruñó:

—Retroceda hasta los cajones y ponga las manos en la nuca... Yo le enseñaré a estarse quieto.

—Jamás vi cosa igual... Zumbarle a Donnelly...

Obedecí al pistolero y apoyé la espalda en la madera. Casi deseaba que el matón siguiera acercándose para tener una oportunidad de enseñarle algunos trucos de los que no tenían ni idea...

Pero se detuvo a cierta distancia. El cañón del revólver quedó fijo en mi estómago.

—¿Qué hago, patrón, le doy al gatillo?

Su jefe hizo un gesto negativo y fue a sentarse sobre el cajón que sirviera de acomodo al gigante, que seguía tumbado, inconsciente, sin que ninguno de sus dos compañeros hiciera nada por él.

El patrón gruñó:

—Antes que terminemos le haré pagar eso, Lombard. Pero ahora quiero saber quién es la mujer que se comunicaba con Nash, esa tal Babs.

—Por lo menos conoce usted su nombre.

—Eso es todo cuanto sé de ella. Y quiero saber más, por ejemplo; su escondrijo.

Negué con un gesto de cabeza.

—Dígame qué clase de botín es el que está en juego —dije a mí vez—. Después quizá lleguemos a entendernos.

—¿Pretende hacerme creer que trabaja para ella y no lo sabe?

—¿Quién le ha dicho que trabajo para ella? No sea usted ridículo...

—Usted aguardaba su llamada, eso es suficiente para mí.

—¿De qué se trata? —insistí, tranquilo.

Estaba pensando que Antonio debía estar a punto de llamar a la policía. Aquellos estúpidos me obligaban a perder un tiempo precioso...

—¿Dónde se esconde ella, Lombard?

—Al diablo.

El jefazo empuñó un revólver y gruñó:

—Yo lo mantendré a raya, O'Reilly. Tú ponle la cara al revés para darle a entender que ya hemos acabado la paciencia...

El pistolero celebró la orden con una mueca. El revólver del mandamás parecía impaciente por abrir fuego, tan fijamente estaba encañonado hacia mí.

El pistolero me cayó encima utilizando el revólver a guisa de maza. Logró golpearme con él en un lado del cuello, y a pesar de que fue un golpe de refilón por poco no me derribó, tan violenta fue la oleada de dolor que me invadió todo el cuerpo.

Retrocedí dando tumbos, hasta que recobré el equilibrio al llegar al final de la estiba de cajas. Pero él me había seguido y levantó el brazo armado, dispuesto a repetir el golpe.

Le cacé con un puntapié en el vientre. Si querían jaleo iban a tenerlo por todo lo alto.

El tipo salió proyectado hacia atrás, aullando como un lobo. Su patrón blandió el revólver y gritó:

—¡Quieto o le mato!

No me pareció muy dispuesto a dejarme seco, entre otras razones porque de hacerlo se quedaba sin informes. No obstante, permanecí quieto, jadeando y con ramalazos de dolor martirizándome como cuchillos al rojo.

El pistolero jadeaba más fuerte que yo y me miraba con ojos inyectados en sangre. Imaginé que estaba reflexionando sobre la mejor manera de hacerme pedazos.

Cuando avanzó nuevamente sobre mí lo hizo un poco encorvado hacia adelante, con el revólver listo para abrir fuego y el rostro contraído por el dolor y la furia. Yo no dejaba de comprender lo difícil de mi situación. No había conseguido ni la sombra de un informe, y por añadidura iban a darme la mayor paliza de mi vida...

Sin embargo, antes que el matón pudiera golpearme dije desesperadamente:

—Dígame algo del botín y yo hablaré a mí vez. ¿Tan difícil es para usted entender eso, imbécil?

—Sabe perfectamente de qué se trata. Es más, creo que incluso está enterado del escondrijo de las planchas, de manera que no saldrá de aquí hasta que...

El tipo del revólver saltó sobre mí y yo me moví como una centella. Todo lo que tuve que hacer, aparte de girar como una peonza para escapar al mazazo, fue darles un empujón a las cajas amontonadas y la montaña de madera se movió, osciló, y finalmente se desplomó pesadamente con un estrépito de todos los diablos.

El mandamás tuvo el tiempo justo de esquivar la avalancha, pero su perro de presa no tuvo tanta suerte y el alud le alcanzó de lleno. Comenzó a chillar como un loco, pero sus gritos quedaron ahogados por el retumbar de las cajas desplomándose unas sobre otras.

Entonces, y cuando ya me consideraba casi salvado, el revólver del jefe entró en acción. El estampido amenazó con echar abajo las paredes y la bala levantó astillas a la caja que tenía a menos de dos pulgadas de mi cabeza.

Hice lo único que estaba en mi mano hacer. Giré y me dejé caer detrás del montón de madera. Dos balazos más zumbaron por encima de mí, inofensivos.

No obstante, no podía hacerme ilusiones. El fulano no tenía nada más que hacer que acercarse para fusilarme sin riesgo alguno, ya que yo estaba desarmado.

Entre él y yo se elevaba el montón de cajones que sepultaban al pistolero. Escuché los pasos que se encaramaban por la madera y noté una corriente de hielo entrarme en las venas.

¿De qué iba a servirme conocer al fin la naturaleza del botín si aquel energúmeno me volaba la cabeza?

Repentinamente una sirena aulló a lo lejos, pero acercándose rápidamente. A medida que fue aproximándose e distinguió el sonido de otra que le hacía coro. Respiré con alivio al comprender que Antonio había cumplido como los buenos.

—¡Ahí tiene a la policía, patrón! —grité con entusiasmo—. ¡Ande, tipo listo, espérelos si se atreve...!

Sí, espérelos... Salió de estampía sin preocuparse en absoluto por sus hombres. Sus pasos dejaron de oírse cuando el primer coche frenó violentamente en las cercanías y su sirena enmudeció. Entonces me dejé caer sentado, con la espalda apoyada en la pared, y suspiré, agotado y dolorido.

Iba a tener que dar muchas explicaciones a cambio de conservar la

cabeza sobre los hombros.

Pero ya sabía en qué consistía el botín que era lo que realmente me interesaba.

CAPÍTULO VI

—Mire, Lombard —rezongó el teniente Kaska—. Usted no es ningún tonto. Sabe perfectamente que esos pistoleros profesionales no cometen errores de semejante calibre y...

—Esos metieron la pata —insistí, señalando al gigante y a su compinche, que me miraban turbiamente desde un rincón del despacho—. Ni siquiera sabían mi nombre.

—Eso dice usted.

—Pergúnteselo a ellos.

Ambos estaban esposados y un médico había arreglado sus desperfectos provisionalmente, de manera que iban cubiertos de parches adhesivos. Los policías habían tenido no poco trabajo para desenterrar al que estaba bajo el montón de cajas.

—Esos dos son mudos —gruñó Kaska—. Saben lo que les conviene, aunque más tarde los interrogaré a fondo con alguno de mis muchachos. De momento, es a usted a quien me dirijo, Lombard. ¿Qué es lo que querían al capturarlo?

—Caray, teniente, ya se lo he dicho. Estaban empeñados en que les dijera dónde estaba el botín, y quién era la mujer... Le juro que estaba a punto de volverme loco cuando ustedes me han sacado de aquel almacén.

—¿Cómo se llamaba el que ha escapado?

—No lo sé. Esos se dirigían a él como a «jefe», o «patrón».

—Ya veo... ¿De qué botín estaban hablando?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Usted encontró el coche de Larry Nash y lo trajo a la ciudad. No sería descabellado pensar que ese condenado botín estaba en el auto y usted lo cambió de escondrijo...

—¡Pero no hice nada de eso! Me limité a tomar prestado el coche hasta la ciudad y abandonarlo después...

—Eso es lo que usted dice. ¿Por qué esos tipos creían que usted conocía a una misteriosa mujer y sabía también dónde estaba el botín?

Hice un gesto de desaliento antes de espetarle:

—Ha repetido esas mismas preguntas cien veces. No tengo ninguna

respuesta para ellas ni creo que la respuesta exista fuera de la mente de esos tipos, si es que tienen algo más que serrín en ella. Interróguelos, y trate de averiguar quién es su jefe.

—¿Nunca había usted visto a ninguno de los tres antes de esta noche?

El gigante levantó la cabeza, curioso. Yo dije:

—Nunca.

—Ya basta de juegos, Lombard —estalló—. Sé que se llevó el coche de Nash de detrás de las rocas. La: huellas de los neumáticos estaban tan claras como si hubieran sido puestas allí con todo cuidado. ¿Comprende lo que eso significa? Usted se ha creído que somos idiotas o algo semejante... Bueno, se llevó el coche de detrás de las rocas, vino a Las Vegas y le faltó tiempo para pedir la habitación de Nash. ¿Por qué?

—Casualidad.

—¡No apure mi paciencia, Lombard! —gritó, cerrando los puños y acercándose a mí, agresivo—. Se conforma con la habitación de al lado y cuando la hemos registrado hemos hallado un magnífico juego de ganzúas. Con ellas era un juego de niños abrir la puerta de la habitación doscientos uno, ¿no?

—Usted es quien lo dice.

—Seguro que lo digo yo...

—Oiga, teniente. Tiene ahí a dos pistoleros profesionales que han estado a punto de darme el pasaporte y pierde el tiempo interrogándome a mí sobre cosas que ignoro. ¿Qué clase de policía es usted? ¡Son pistoleros, seguramente fichados en todos los Estados de la Unión...! ¿Por qué mil diablos no se ocupa de ellos?

—Porque me intriga usted... y ese misterioso botín. Quiero saber de qué se trata.

—A mí también me gustaría —dije con tono desafiante—. Aunque solo fuera para echarle mano antes que la policía...

—Eso es lo que sospecho que ya hizo —rezongó, furioso—. Otra cosa, tipo listo... Le vieron llegar al volante de un «Cadillac» convertible. ¿De dónde lo sacó?

Eso ya me gustó menos.

—Lo alquilé. No crea que me dedico a robar todos los coches con que tropiezo.

—Lo alquiló, ¿eh?

Miré a los dos pistoleros. Escuchaban con las orejas tendidas como lebreles.

—Si quiere seguir interrogándome —dije, levantándome de un salto—, hágalo fuera de aquí. No necesito auditorio, teniente. Es más, creo que está saltándose sus atribuciones al comportarse así y...

—Hábleme del coche y no diga más tonterías. ¿Lo alquiló usted realmente?

—Sí.

Sonrió y me volvió la espalda. Sus ojos inteligentes estaban entrecerrados, concentrados, como si un sinfín de ideas estuvieran danzando en su mente y tratara de clasificarlas una a una.

—Ya veo... —runroneó, apartándose, distraído.

Durante más de un minuto no dijo una palabra. Fue a apoyarse en la mesa y desde ella nos miró a los tres. Finalmente pulsó un botón y aguardó la llegada del sargento que yo ya conocía, al que ordenó:

—Acompañe a míster Lombard a la salida, sargento. Está libre —se volvió a mí y pareció muy divertido ante mi asombro. No obstante, se limitó a recordarme—: No podrá salir de la ciudad hasta nuevo aviso, ¿comprendido, míster Lombard?

—Sí, claro...

El sargento casi me empujó para ponerme en movimiento, ya que yo apenas si atinaba a moverme. Mientras se cerraba la puerta a mis espaldas pude oír a Kaska diciendo a los pistoleros:

—Bueno, voy a ocuparme de ustedes dos... Van a sudar sangre si siguen empeñados en callar...

El sargento me llevó hasta la salida, apenas si me saludó y dando media vuelta regresó al interior.

Anduve un buen rato muy pensativo, tratando de comprender el extraño comportamiento del teniente. No tenía sentido interrumpir el interrogatorio para mandarme a la calle. Estaba haciéndome preguntas sobre el coche, el alquiler...

De repente me detuve, sintiendo un estremecimiento a lo largo de la espalda. Si Babs había alquilado el «Cadillac» con su verdadero nombre...

Casi eché a correr para llegar antes a donde tenía el coche. Pensé en Antonio, pero ya tenía bastantes cosas en que pensar para ocuparme de él.

Mientras recorría las calles iba pensando también en las palabras que habían escapado de los labios del jefazo: *Planchas*.

Eso era el botín, y eso encajaba también con las palabras de Babs. En malas manos podían convertirse en millones y millones...

No obstante, sabiendo ya que se trataba de falsificación de moneda, sabía también que no podía esperar embolsarme ninguna fortuna. Era cuestión de averiguar qué papel representaba Babs en todo el embrollo, ya que ella no parecía ir detrás de las planchas para utilizarlas... ¿Pensaría entregarlas a la policía?

Pero si era así, ¿por qué tantos rodeos? Más bien parecía que ella también quería apoderarse de las planchas por alguna extraña razón que de momento no comprendía.

Cuando llegué al estacionamiento del hotel perdí unos minutos en reconocer los alrededores. También examiné los coches aparcados allí para asegurarme de que nadie iba a salir disparado detrás de mí en cuanto me

pusiera en marcha.

No descubrí a nadie sospechoso, de manera que poco después manejaba el llamativo vehículo en busca de la salida de Las Vegas.

No puedo decir que me sintiera satisfecho. No veía manera de sacar tajada de aquel embrollo. Y si lo que se manejaba eran planchas para la falsificación de dólares lo más seguro era que acabásemos todos en una cárcel federal.

No obstante, seguía intrigado por el comportamiento de Babs. Ella quería apoderarse del botín, o sea, las planchas. Sin embargo, no las quería para fabricar papel moneda. ¿Para qué demonios las deseaba entonces?

Iba a tener que explicarme muchas cosas si yo tenía que seguir ayudándola. De momento, ya me habían sacudido y vapuleado solo para averiguar la clase de mercancía que estaba en juego. Si ella hubiese sido sincera conmigo desde un principio yo jamás me hubiera dejado capturar...

Y por si algo faltaba en el cuadro, el teniente Kaska también parecía empeñado en cargarme con todo el lío.

Con el acelerador hundido a fondo recorrí la distancia hasta el motel en un tiempo récord. Dejé el «Cadillac» frente a la cabaña en lugar de llevarlo al cobertizo de la parte trasera.

Había luz en una ventana, y tan pronto me acerqué a la puerta ésta se abrió y me encontré mirando la hermosa cara de Babs.

—Te he visto por la ventana —murmuró, cerrando tan pronto hube entrado—. No pensaba verte tan pronto, Vince.

Advertí que me trataba con más familiaridad, cosa que me agradó.

—Han sucedido algunas cosas que necesito contarte, Babs —dije a mi vez, también tuteándola—. ¿Qué tal si preparas unas bebidas?

Lo hizo sin rechistar. Yo no volví a pronunciar una palabra hasta después de saborear el excelente *whisky*. Entonces dije:

—Ante todo, Babs, quiero decirte que esos fulanos que persiguen el botín no saben quién eres ni dónde vives, aunque conocen tu nombre de pila.

—¿Cómo te has enterado?

Le conté brevemente mi aventura con los pistoleros, la consiguiente pelea y la escapada del mandamás después de soltarme unos tiros.

—Y no era Fred Corday —añadí al final—. He visto muchas fotografías de Corday para reconocerlo. Ese tipo no era Corday ni mucho menos.

—Entonces estoy desconcertada... Yo creía que era él quien manejaba a los pistoleros...

—Tal vez fuera su lugarteniente —dije, no muy convencido—. Pero sea como sea caerán, no te preocupes.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

La miré recto a los ojos. Hundirse en la profundidad de aquellas pupilas

producía una sensación de vértigo...

—No —dije con voz sorda—. He averiguado también la clase de botín que está en juego.

Respingó. Un ramalazo de temor vibró en el fondo de su mirada.

—¿Lo sabes? —susurró.

—Ese pistolero que he mencionado habló de unas planchas... ¿Te parece que ha llegado la hora de hablar claro, Babs?

—Comprendo...

—¿Y bien?

—Son planchas para falsificación de billetes de cinco, diez y veinte dólares. ¿Es eso lo que querías saber?

—Hay mucho más, por ejemplo; ¿qué papel juegas tú en esto?

—No puedo decírtelo todavía, Vince... Tal vez en un par de días pueda contártelo todo, pero no ahora...

—No más rodeos, por favor, Babs. Han estado a punto de agujerearme el pellejo, ¿te das cuenta? Eso me da ciertos derechos, digo yo.

—Sabías los riesgos que ibas a correr al mezclarte en esto, ¿no es cierto? También te dije que el botín no iba a producirte beneficios y ahora ya sabes que no te los producirá.

—¿Para qué quieres tú las planchas?

Eso pareció desconcertarla un poco, pero se rehízo al instante.

—Eso forma parte de lo que no puedo decirte todavía, Vince. Por favor, aguarda un par de días, ¿quieres?

—¡Pero es absurdo! Si no quieres utilizar las planchas solo te queda un motivo para buscarlas: entregarlas a la policía. Y también eso me parece insensato, ya que si dieras tus informes a los polis ellos harían todo el trabajo y...

—¡Por favor, calla, Vince! No puedo decírtelo todavía... ¡Dios mío, tienes que creerme...! Te necesito...

—Okey, dos días, Babs. Pasado ese tiempo quiero saberlo todo o te dejaré en la estacada. ¿Comprendido?

—Será suficiente. «El» llegará esta noche seguramente...

—¿Quién es «él»?

Titubeó. Por lo visto no tenía mucha confianza en mí.

—El hombre que estoy esperando, Vince. No me preguntes más.

Encendí un cigarrillo dispuesto a quedarme allí mucho más tiempo del que había calculado, así tal vez pudiera ver al misterioso individuo a quién ella aguardaba y aclarar las cosas antes de los dos días.

Me dejé caer en una butaca y fumé en silencio unos instantes.

Ella murmuró:

—No creas que vas a quedarte aquí toda la noche, Vince.

—¿Has leído mis pensamientos, niña?

—Lo siento, pero debes irte ahora.

—Está bien, sigo siendo el chico que recibe los golpes. Espero que cambien las cosas antes de lo que crees, Babs.

Me levanté y di unos pasos por la espaciosa estancia. De repente pensé en el coche y le espeté:

—Tendré que devolver el «Cadillac» a la casa donde lo alquilaste, Babs. La policía empieza a interesarse por él.

—Oh, no te preocupes por eso. No está a mí nombre...

—Si tú lo dices...

Sonrió y se acercó a mí hasta que su cuerpo casi presionó el mío. Solo tuve que inclinar la cabeza y nuestras bocas se encontraron y un largo beso estalló entre los dos con la fuerza de una llamarada.

Cuando se apartó, ella dijo suavemente:

—¿Sabes, Vince? He pensado mucho sobre tu recompensa para cuando eso haya terminado.

—Yo también.

—¿Sí?

—¿A qué conclusiones has llegado?

Aguantó mi mirada. La sonrisa aleteó otra vez en sus labios.

—A las mismas que tú, Vince —susurró.

—Si fuera así te ruborizarías, pequeña.

—¿Y quién te dice que no lo estoy, tonto?

La atraje otra vez sobre mí y la besé largamente. Después de todo, era una especie de anticipo del cobro que me esperaba al terminar el trabajo.

Si no resultaba otra tomadura de pelo, naturalmente.

Al abandonar la cabaña, ella murmuró, antes de cerrar la puerta:

—Ten mucho cuidado, amor...

—Sí, seguro que lo tendré.

Salté al coche y salí disparado con un tumulto arrollador dentro de mis nervios, sintiendo en las venas el alboroto de la sangre que ella había alterado.

Después, cuando me calmé un poco, reflexioné sobre la idiotez que estaba cometiendo. Yo había viajado hasta Las Vegas con el propósito de tentar la suerte en la ruleta, contando con ganar un buen puñado de billetes. Y desde que había llegado me dedicaba estúpidamente a jugarme el cuello gratuitamente. ¿Estaría volviéndome loco?

Detuve el coche en una encrucijada de calles. A la derecha brillaba el rótulo de un aparcamiento, y multitud de bares se abrían en toda la extensión que alcanzaba la vista en todas aquellas calles. Ya era hora de divertirse un poco.

Llevé el auto al estacionamiento, lo dejé allí y regresé sobre mis pasos en busca del primer bar.

Había una batería de máquinas tragaperras a lo largo de una pared, frente al mostrador. La gente se apiñaba delante de ellas en busca del

dinero fácil, pero las palancas tintineaban, las ruedecillas giraban y nunca llegaban a encajar, cosa que habría desencadenado la catarata de monedas de plata.

Pedí un *whisky* en la barra y me quedé un rato, admirando la tenacidad de algunos jugadores recalcitrantes, empellados en dejar todo su dinero en el vientre de las máquinas.

Finalmente, les di la espalda y me acodé sobre el mostrador. Pedí otro *whisky* y comencé a reflexionar sobre el lío en que me debatía, y, por encima de eso, en la manera de sacar dividendos del problema. Alguien tenía que pagar por mí trabajo...

Hasta que, con la ayuda del *whisky* y de los innumerables cigarrillos, di con la idea. Era un tanto arriesgado, pero podía intentarse. Uno puede recibir algún que otro porrazo si tiene como meta un puñado de billetes más que regular.

Un vistazo a la guía telefónica me informó que un tal Fred Corday era el propietario de un cabaret y casino denominado «The Cavern». Fred Corday era el *gangster* que Babs imaginaba al frente de los pistoleros... y el que iba a pagar mis honorarios con esplendidez.

Claro que eso último él todavía no lo sabía...

Abandoné el bar y preferí utilizar un taxi. El «Cadillac» alquilado era demasiado llamativo.

Después de indicar al taxista que me llevase a «The Cavern», me recosté en el asiento y cerré los ojos, puliendo mentalmente mi improvisado plan. Ya veríamos cómo saldría.

CAPÍTULO VII

«The Cavern» era un lugar con ínfulas de existencialista, por lo menos en la decoración, pero del que habrían huido los melencólicos existencialistas como de la peste al ver el excesivo lujo que imperaba allí dentro, los precios que cobraban y el estruendo de las máquinas tragaperras esparcidas por todos los huecos de las paredes.

Una pequeña pista de baile servía también para las atracciones. Los músicos se apretujaban en un diminuto estrado.

A un lado estaban las cortinas que velaban el paso a las salas de juego, a las que se llegaba después de atravesar un pequeño vestíbulo mal alumbrado.

Advertí todos esos detalles después de una vuelta de inspección. Tras eso, busqué un hueco, en el bar y pedí un *whisky*. Pagué, di una generosa propina y el mozo me sonrió de oreja a oreja. Aproveché para preguntarle:

—¿Sabes si está aquí míster Corday?

—Supongo que estará en su despacho...

—¿Cómo hay que hacer para verlo?

—Le mandaré recado, señor... ¿Me da su nombre?

—Lombard.

Aguardé pacientemente, saboreando el *whisky* y contemplando cómo las parejas se apiñaban en la pista sin lugar para moverse. Aunque, a decir verdad, no parecían necesitar más espacio del que cada uno ocupaba apretado a su pareja...

Había acabado con el *whisky* y estaba acabando también con mi paciencia cuando el mozo se acercó.

—Míster Corday le recibirá, míster Lombard...

Me volví en redondo. El chico continuaba sonriendo. Me señaló un camarero que se había plantado a mi lado y añadió:

—Él le guiará.

Le di las gracias y seguí al estirado camarero. Atravesamos el vestíbulo de la sala de juego. La entrada a las dependencias privadas del club estaba al otro lado. El camarero abrió una puerta y señaló el interior.

—Al final de la escalera le están esperando, señor —anunció.

Era una escalera empinada, que subí rápidamente mientras escuchaba cerrarse la puerta a mis espaldas.

El tipo que estaba esperándome no era Corday. Yo recordaba la cara del *gangster* de las fotografías que habían publicado los periódicos a raíz de algunos escándalos, de manera que supe que el mastodonte que me examinaba como a un bicho raro no se le parecía en absoluto.

No obstante, decidí que un poco de comedia no quedaría mal para amenizar mi plan, así es que pregunté:

—¿Es usted Fred Corday?

El fulano enseñó una dentadura magnífica que un lobo hubiera envidiado y graznó:

—Usted me halaga, compañero. Corday es el patrón, ¿sabe?

—Bueno, me han dicho que estaría esperándome aquí...

—Seguro... ¿Le molestaría que yo le registrara? No es más que una simple precaución, ¿comprende? Hay tipos que se creen muy listos y aquí hay siempre mucho dinero...

—En absoluto. Hágalo.

Advertí su sorpresa ante mis facilidades. Por lo menos, esperaba una protesta. Incluso sus ademanes mientras tanteó los lugares en que podía esconder un arma fueron torpes y violentos.

—Perfecto —gruñó al final—. Venga por aquí.

Abrió una puerta y me cedió el paso. Me encontré ante el gran hombre. Estaba sentado detrás de una enorme mesa de despacho, sobre la que destacaba una máquina de sumar, dos teléfonos y montones de papeles y cintas de papel procedentes de la sumadora.

—Yo soy Fred Corday —se presentó a sí mismo—. Usted quería verme.

—Eso es.

Fui a sentarme frente a él sin aguardar a que me invitase a hacerlo, con lo que me gané una brillante mirada de reproche. El mastodonte que había entrado conmigo anunció:

—No lleva ni un cortaplumas, Fred.

—Bueno, mejor para él. ¿De qué quiere usted hablarme, míster Lombard?

—Mi nombre —empecé—. ¿No le recuerda nada?

—¿Su nombre? —frunció el entrecejo en un esfuerzo para evocar algún posible recuerdo—. No. ¿Tendría que conocerlo según usted?

—Tal vez.

—No me gustan los juegos de palabras. Hable claro y sin perder tiempo. Soy un hombre muy ocupado.

—Seguro, seguro... ¿tenemos que sostener nuestra charla en presencia de su guardaespaldas?

—Joe es sordo y mudo mientras trabaja.

—Ya veo...

—¿Bueno...?

—Voy a decirle dos nombres, Corday, y usted me dirá si los conoce o no. ¿Conforme?

—Oiga, Lombard, o como se llame; me disgustaría enfadarme con usted, pero empieza a cansarme...

—Moncton y Billy. ¿Qué me dice de ellos?

Detrás de mi escuché acelerarse la respiración del gorila, como si de repente tuviera dificultades para tragar aire. En cuanto a Corday achicó los ojos y los clavó en mi cara como dardos.

—¿Tendría que conocer también a esos dos? —gruñó sin apartar su mirada de mí.

—Eso es lo que pregunto. Alguien me dijo que ambos trabajaban para usted.

—Le tomaron la cabellera, Lombard. ¿Eso es cuanto tenía que decirme?

—Oh, no; hay mucho más.

Suspiró, como si la paciencia fuera su característica más acusada.

—Adelante —dijo—, pero no de rodeos, por favor.

—Okey, directo al grano. Yo sé que esos hombres, Moncton y Billy, trabajaban para usted, Corday, al igual que dos que en estos momentos están en poder de la policía y...

—Un momento —me atajó secamente—. Será mejor que medite sus palabras. Mis hombres no tienen por qué caer en manos de la policía. Todos mis negocios actuales son completamente legales. No comprendo de dónde ha sacado usted esos absurdos...

—Ahórrese los discursos, Corday —le espeté con calma—. Usted va detrás de las planchas. Es un negocio tan importante que no le importa matar para apoderarse del botín, de manera que no tenemos por qué andarnos por las ramas. ¿Estamos de acuerdo?

—Me parece que está usted completamente loco, pero no hay duda que me intriga. Siga hablando...

—Perfectamente. Usted y yo acabaremos por entendernos...

—¿Qué es eso de unas planchas? —inquirió, interrumpiéndome con mal disimulada impaciencia.

—Planchas para imprimir billetes de cinco, diez y veinte dólares. Montañas de billetes perfectos. ¿Es así, Corday?

Se levantó poco a poco, con las manos apoyadas sobre la mesa y la mirada tan fija que parecía hipnotizado.

—¿Sabe lo que está diciendo? —masculló con las mandíbulas apretadas.

—Naturalmente. Usted quiere esas planchas. Sus pistoleros han matado para lograrlas y han fracasado. No las conseguirá, Corday; nunca las tendrá sin mi ayuda.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, tenso y alerta como si presintiera

un peligro inmediato.

—Está loco —murmuró el gorila a mis espaldas.

Su jefe no debía opinar lo mismo, por cuando gruñó:

—¿Usted tiene las planchas, Lombard?

—¿Comienza a interesarse?

Pasó por alto mi sarcasmo. Estaba demasiado tenso para advertir nada que no hiciera referencia al objeto de su interés.

—Usted ha venido a proponerme un trato —añadió con voz sorda, los ojos terriblemente fijos en mí—. ¿Por qué se ha dirigido a mí precisamente?

Me permití el lujo de soltar una risita antes de espetarle:

—Porque algunos de los pistoleros que han intervenido en esto están en sus nóminas, Corday.

—Ya veo...

—¿Y bien, qué me dice de un trato?

Pegó un respingo.

—No corra tanto, Lombard. ¿Quién más está con usted en este negocio?

—No está usted en situación de hacer preguntas si quiere las planchas.

—Pero usted no las tiene...

—Cierto, pero las tendré antes de mañana.

—¿Cómo?

—Le digo que las tendré en mi poder, seguramente antes de que amanezca. Estoy dispuesto a vendérselas, Corday, si su precio es lo bastante alto y me paga en moneda contante y sonante.

—Creo que desvaría, Lombard. Aparte de que apuesto que detrás de su propuesta hay algo más. ¿Por qué vender esas planchas, si con ellas podría conseguir millones poniéndolas en explotación?

—¿Sí? No sea idiota. Se necesita una organización perfecta para eso, aparte de un capital del que yo carezco. Además, prefiero una buena suma ahora y no tener que preocuparme más de ese negocio...

Le estuvo dando vueltas a eso. Después farfulló:

—No carece de sentido lo que dice... ¿Cuánto pide usted, suponiendo que las planchas lleguen a sus manos?

—¡Claro que llegarán a mis manos!

—¿Cuánto, Lombard?

—Cien mil.

Parpadeó, pero no pareció alterarse lo más mínimo. Se echó atrás en su sillón basculante y encendió un cigarrillo. Colocó los pies sobre la mesa y siguió mirándome por entre sus zapatos.

Pero no habló durante un buen rato, sumido en sus reflexiones.

Entonces sonó el teléfono. Lo tomó sin quitar los pies de la brillante superficie de la mesa. Soltó un par de monosílabos y se limitó a escuchar con el ceño fruncido hasta que gruñó:

—Perfecto, chico; adelante con lo acordado. No me moveré de aquí.

Colgó el auricular y apuró el resto del cigarrillo, después aplastó la colilla en el cenicero de cristal y se dedicó a hablar:

—Eso es mucho dinero, Lombard.

—Le ha costado mucho tiempo decidir.

—Nunca me precipito en mis decisiones. ¿Está seguro de poder cumplir su parte del negocio en caso de llegar a un acuerdo?

—Naturalmente.

—Okey, déjeme pensarlo con detalle... y vaya calculando usted otra cantidad más modesta. No voy a pagarle cien mil dólares por algo que tal vez no me sirva de nada.

—Tonterías. Usted tiene una organización, dinero para iniciar la explotación...

—He de pensarlo —insistió.

Me encogí de hombros. Toda mi voluntad se concentraba en no delatar mi nerviosismo. Si aquel bastardo decidía hacer las cosas por la tremenda en lugar de negociar iba a verme en el mayor apuro de mi vida, no obstante no creía que Corday fuera tan loco. Si se ponía bruto no conseguiría las planchas, porque le había dicho bien claro que todavía no estaban en mí poder, lo cual era tanto como dejar sentado que tendría que salir de allí para hacerme con ellas...

Fumé tres o cuatro cigarrillos y él convirtió en humo otros tantos. De vez en cuando dirigía miradas impacientes a su reloj y al teléfono.

Detrás de mí, apoyado en la pared, el guardaespaldas se mantenía tan quieto como una estatua, completamente ajeno a cuanto se estaba ventilando entre su jefe y yo.

No sé cuánto tiempo había transcurrido desde la llamada anterior cuando el teléfono volvió a sonar. Corday casi saltó del sillón y lo descolgó precipitadamente.

—Corday al habla —gruñó, excitado—. ¿Qué noticias tienes?

Escuchó, asintiendo de vez en cuando con un gesto inconsciente de cabeza. Sonreía cuando dijo:

—Perfecto, chico...

Mas la sonrisa se esfumó de su cara al escuchar algo que le dijeron. Su mirada centelleó de furia y balbuceó un par de juramentos. Luego gritó pidiendo detalles... maldijo a su comunicante... y acabó dando unas órdenes secas:

—Ya hablaremos después de eso, estúpido. Lleven a ese tipo al rancho y aguarden allí.

Colgó con un golpe tan fuerte que pensé que haría astillas el aparato. Después refunfuñó:

—¿Ya lo ha pensado, Lombard?

—No tengo nada que pensar —dije con voz firme—. Cien mil o no hay

negocio.

—Se equivoca.

—¿Qué?

—Voy a hacer ese negocio, pero a mi manera. No va a cobrar usted un centavo... ni verá siquiera las planchas.

Noté una corriente de hielo recorrerme todo el cuerpo. Sus palabras solo podían significar que se habían apoderado de Bárbara... y tal vez de las planchas.

—Sea lo que sea que le han comunicado por teléfono, Corday, está cometiendo un grave error. Solo tratando conmigo las conseguirá.

Se echó a reír, hizo una seña al mastodonte y le ordenó:

—Vamos a llevarnos a mistar Lombard con nosotros, muchacho... y no quiero que alborote al salir de aquí.

Me levanté de un salto, pero me encontré mirando el cañón de una «45» automática que, a pesar de su tamaño, parecía un juguete en la manaza del gorila.

—Con calma, amigo —dijo Corday—. Va a acompañarnos hasta mi rancho. Es posible que allí tenga usted una sorpresa. ¿Sabe una cosa? Soy un tipo con mucha suerte... Usted ha venido a mis manos ahorrándome un montón de molestias. ¿De veras creía poder sacarme cien mil dólares?

—Todavía sigo creyéndolo.

Se echó a reír. Después, casi sin poder contener sus carcajadas, le repitió a su matarife:

—Sin alboroto, ¿comprendes?

—Podemos sacarlo por la puerta de atrás, patrón.

—Claro, claro.

Me volví en redondo para enfrentarme a Corday. Comenzaba a ponerme furioso.

—Siga adelante con su idea y no verá jamás las planchas. No sé qué triunfos imagina usted que tiene, pero...

Algo en su mirada hizo que me interrumpiera y me pusiera alerta. Pero había tardado demasiado en comprender lo que tramaban. El mazazo estalló en mi nuca igual que un cañonazo. Sentí una llamarada de dolor dentro del cráneo, el suelo subió a mí encuentro y ya no noté el batacazo contra las baldosas...

CAPÍTULO VIII

Las primeras sensaciones que experimenté fueron unas náuseas terribles. Después el dolor despertó y fue lo mismo que si pedazos de mi cráneo salieran disparados en todas direcciones. Había sido un buen culatazo el que me habían propinado...

Gemí entre dientes y traté de ver dónde me encontraba. Estaba tan oscuro que apenas si pude distinguir las patas de una mesa delante de mis narices. Estaba tendido en el suelo.

Entonces, una voz dijo:

—¿Cómo se encuentra, compañero?

La voz sonaba a mí izquierda, de manera que moví la cabeza lo suficiente para enfocar la mirada hacia ese lado. No pude ver nada. Todo era negrura.

—Le he oído gemir —insistió la voz—. Supongo que debe encontrarse muy mal...

—¿Quién es usted? —conseguí balbucear al final.

—Llámeme Troy... Troy Quarles.

—Mi nombre es Vince Lombard. ¿Qué diablos hace usted ahí en la oscuridad?

—¿Y usted ahí en el suelo?

—Ya veo. Tiene usted sentido del humor, ¿eh?

Hice esfuerzos para arrimarme a la mesa. Entonces descubrí que estaba amarrado de pies y manos, de manera que tuve que contorsionarme violentamente para conseguir una posición más cómoda. Cada movimiento elevaba las oleadas de dolor hasta el infinito. Tenía que apretar los dientes para no gritar, no obstante seguí peleándome con el dolor hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una pata de la mesa.

—Ahora me siento mejor —dije entre dientes—. ¿También está usted amarrado?

—Igual que un fardo, pero yo estoy sobre un camastro.

—Deben considerarlo de más categoría —refunfuñé—. ¿Qué tienen contra usted?

—Mucho me temo que piensan liquidarme, Lombard... ¿Es así como ha dicho que se llamaba?

—Sí. ¿Por qué quieren matarle?

—Es largo de contar... —suspiró y tras una maldición añadió con voz contenida—: Lo malo es que, suceda lo que suceda conmigo, me lo he ganado a pulso.

—¿De qué está hablando?

—No vale la pena hablar de esto... ¿Por qué le han traído a usted aquí?

—Negocios —dije, burlón.

—¡Qué le parece! Negocios... ¿Quién es ahora el que tiene sentido del humor?

—No se preocupe. ¿También estaba sin sentido cuando le han traído aquí?

—Bueno, no cuando hemos llegado, aunque sí es cierto que me han tumbado al principio, para echarme el guante. Pero he despertado poco antes de llegar.

—¿Y ha podido ver dónde está enclavado este rancho?

—No. Estaba muy oscuro. Solo sé que hemos recorrido como una milla por un camino infernal después de dejar la carretera.

—Eso no nos sirve de nada. ¿Cuántos hombres hay en la casa?

—¿Cómo voy a saberlo? Conmigo han llegado tres, los mismos que me han capturado...

—Y dos conmigo, supongo... Cinco tipos armados. Mal asunto.

—Y usted que lo diga, compañero. ¿Estaba pensando en escapar?

—¡Naturalmente; No voy a esperar que me degüellen como un cordero. Si pudiera ver qué hay en esta habitación...; tal vez tenemos algo que puede servirnos y no lo vemos...

—Deje de soñar, hombre. Son cinco o seis tipos armados, y estamos en un rancho aislado. ¿Cómo demonios cree que escapará de aquí, volando?

—No lo sé, pero si no lo intentamos es seguro que no saldremos.

Luché por ponerme de pie, y lo conseguí tras unos pocos esfuerzos y con la ayuda de los codos y la mesa. Me quedé apoyado contra ésta, con el dolor en aumento en todos mis músculos.

—¿Qué está haciendo? —gruñó la voz.

—Levantándome... Si pudiera quitarme estas ligaduras...

—No cuente conmigo. Estoy amarrado al camastro y solo puedo mover la cabeza.

—Escuche, Troy... Voy a intentar llegar hasta el camastro. Tengo las manos atadas a la espalda, pero puedo mover los dedos. Tal vez con un poco de suerte pueda librarle, ¿conforme?

Reinó un instante de silencio. Advertí cómo la respiración de mi compañero de cautiverio se aceleraba. Luego murmuró:

—Es una idea... Si pudiéramos conseguirlo...

Comencé a moverme a pequeños saltitos, como en esos juegos infantiles en que hay que avanzar sin separar los pies, como en una carrera de sacos. Por dos veces caí de rodillas, lastimándome, pero al fin conseguí llegar hasta el camastro y me dejé caer sentado en él, cansado y jadeante.

—Tengo las manos atadas a la cabecera de la cama —me informó mi compañero—. Con los brazos doblados de una manera muy incómoda, amigo.

—Espere que tanteo...

Me moví lentamente, de espaldas a él para poder llegar con mis manos hasta sus ligaduras. No era una tarea fácil, por cuanto el camastro estaba arrimado a la pared y yo casi tendría que tenderme sobre él para alcanzar las cuerdas.

Pequeñas gotas de sudor resbalaban por mí frente cuando me detuve en mis esfuerzos para recobrar el aliento. Jadeando, indagué:

—¿También usted iba detrás de las planchas?

El hombre soltó una exclamación.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Casi nada —confesé—. Pero ya que le han capturado supongo que ha sido por eso... ¿qué papel desempeña usted en el embrollo?

—El papel de imbécil —refunfuñó—. En realidad, yo fui quien armó todo esto. Yo soy el culpable de que se haya desencadenado el infierno y se haya vertido sangre... No es un papel muy lúcido.

—No le entiendo —confesé de mal talante—. ¿Es que sabe usted dónde están las planchas?

—No, hace casi un mes que las perdí de vista, cuando un pistolero llamado Johnny Graves se las llevó tan lindamente...

—Por lo menos usted ha llegado a verlas alguna vez —comenté—. ¿Son realmente tan valiosas como dicen?

—Oiga, ¿de qué lado está usted?

—De momento me encuentro aquí, amarrado y sentenciado. ¿No es bastante para sus entendederas? Y ahora que recuerdo... ¿Conoce usted a Babs?

Dejó escapar una especie de gemido al oír el nombre de la hermosa muchacha. Cuando recobró la voz murmuró:

—Es mi hermana.

Casi me caí de espaldas. Estaba yendo de sorpresa en sorpresa y tenía que confesarme mi ignorancia de casi todo el asunto.

El gruñó al fin:

—¿De qué la conoce usted?

—No tengo tiempo para contarle toda la historia. Solo le diré que ella me pidió ayuda. De momento eso es bastante. Vamos a intentarlo otra vez.

Volví a tantear en busca de las cuerdas. Cuando mis dedos percibieron el áspero contacto de los nudos casi lancé una exclamación de entusiasmo,

sin embargo pronto advertí que me había precipitado. Eran unos nudos de profesional, duros y rígidos, y mis dedos estaban entumecidos por la falta de circulación de la sangre, aparte de la forzada postura en que estaban mis manos...

—No va a ser nada fácil... —dije a regañadientes.

—No importa, siga intentándolo...

—¿Qué fue de Babs? Ella estaba aguardando a alguien esta noche... supongo que a usted, ¿no es así?

—Sí.

—No me diga que también la han capturado...

—Afortunadamente ha logrado escapar mientras yo luchaba con los bastardos que me han tumbado.

—Menos mal...

Mis dedos apenas si conservaban el tacto. Las cuerdas se me antojaban cables de acero. Pensé que no iba a conseguir nada, pero seguí intentándolo desesperadamente...

Y entonces sonó un chasquido en alguna parte, una puerta se abrió y alguien encendió la luz del techo.

Paralizado por la sorpresa me quedé inmóvil, parpadeando, cegado por la súbita claridad. Una voz dijo:

—Ya me parecía a mí que era un tipo con ideas...

Sonó una carcajada y unos pasos recios y fuertes se acercaron al lecho. Unas manos como garras me sujetaron por los cabellos y de nuevo aterricé en el suelo brutalmente.

Mis ojos, una vez acostumbrados a la claridad, pudieron distinguir a los tres matones que habían entrado en la pequeña habitación. Uno de ellos era Corday, fumando con toda la calma del mundo y apoyado en la pared junto a la puerta.

Fue él quien dijo:

—¿Han tenido tiempo de cambiar impresiones? Dos viejos amigos que se encuentran, siempre tienen noticias frescas para comentar...

—¿Viejos amigos? —gruñí, dolorido—. En mi vida había visto a ese hombre, Corday. Está usted demostrando que no es tan listo como cree...

—Seguro. Soy tan tonto que son ustedes los que están aquí amarrados como fardos. Lástima que la chica haya podido escapar, Quarles, porque eso le coloca a usted en muy mala situación.

Miré al otro cautivo. Era un muchacho de unos veintiocho años, bien parecido y fuerte. Tenía huellas de golpes en el rostro y un poco de sangre seca en los cabellos. No obstante, no parecía muy asustado.

Con voz firme dijo:

—¿Le gusta escuchar su propia voz, bastardo? Porque los demás no escuchamos más que un rebuzno...

Corday sonrió. Era dueño de la situación y lo sabía.

—Uno de ustedes dos tiene las planchas, Quarles, o tal vez las tiene su hermana. ¿Es así?

No obtuvo respuesta y prosiguió:

—Si es ella quien las tiene, usted nos dirá la manera de comunicarnos con Bárbara, Quarles. Haremos un trato con ella, ¿comprende? Las planchas a cambio de usted, vivo. De lo contrario tendremos que hacer cosas muy desagradables con usted para convencerla a ella...

—¿Qué me dice respecto a mí, gran hombre?

Me miró casi con desprecio. Luego gruñó:

—Usted es hombre muerto, Lombard. No vale la pena ni hablar de esto, así que cálese.

—Eso demuestra lo inteligente que es, Corday —le espeté, dominando los escalofríos que intentaban sacudirme—. El único medio que tiene de hacerse con las planchas y lo elimina. Felicitaciones, gran cerebro...

—Que alguien le cierre la boca a ese tipo.

Su orden fue cumplida casi antes de haberla disparado. Un puño como una maza se estrelló contra mi cara y millares de luces bailaron locamente frente a mis pupilas. Quedé inmóvil, gimiendo y recobrando el aliento.

Corday prosiguió, dirigiéndose a Quarles:

—¿Quiere decirnos dónde podremos comunicar con su hermana? No nos obligue a emplear la violencia...

—Puede irse al infierno, matón.

Giré la cabeza y miré al muchacho. Estaba pálido, pero se mantenía entero. Él también me miró y me sonrió. Entonces le dije:

—No siga intentando protegerme, Quarles. Yo sé cómo manejar este asunto. Dígale la verdad de una vez...

Primero se retrató el estupor en su cara marcada por los golpes, pero casi al instante su ágil inteligencia le hizo captar el mensaje y entró en el papel.

—¿Está usted loco? —estalló—. ¿Pretende que les diga...?

—Que yo sé dónde conseguir las planchas —le ayudé—. Eso es exactamente. Puede decírselo a ese tipo listo porque yo ya se lo he dicho también esta noche. Y ahora déjelo que se desgañite...

Corday se quedó mudo. Cuando salió de su asombro se acercó al camastro y sujetó a Quarles por los cabellos, levantándole la cabeza.

—¿Quieren decir ustedes dos que Lombard es quien tiene las planchas realmente?

Quarles sacudió la cabeza tratando de librarse de aquella garra. No lo consiguió y dijo:

—No las tiene... pero es el único que puede echarles mano a estas alturas.

Me felicité por la rapidez de reflejos del muchacho. Corday lo soltó y se acercó a mí con un peligroso brillo en sus pupilas.

—Okey, Lombard, comience a hablar y deprisa.

Me reí de él. Yo sé el esfuerzo que me costó reírme, pero lo conseguí antes de espetarle:

—Está usted como un chivo si cree que ha ganado con solo amarrarme. Solo yo puedo sacar las planchas de dónde están. Yo personalmente, ¿está claro? Y ahora ríase si quiere.

—Lombard, hay medios de convencerle... Mis hombres son especialistas en desatar la lengua a tipos recalcitrantes.

—Aunque me torturen no conseguirán las planchas. Es más, aunque a base de tortura me hagan confesar dónde están, continuarán sin poder sacarlas de allí. Solo yo, ¿está claro? Yo personalmente puedo recuperarlas.

Eso le dio mucho que pensar. Encendió otro cigarrillo mientras reflexionaba. Sus esbirros se mantenían aparte en espera de órdenes.

Yo estaba tirado en el suelo, junto a la mesa y con todo el peso del cuerpo descansando sobre un costado. Pero no cesaba de mover las manos aun a riesgo de dejarme las muñecas en carne viva. Había observado que, casi de manera imperceptible, las ligaduras empezaban a aflojarse si mantenía la presión y el movimiento, de manera que eso era lo que estaba haciendo con todo el disimulo de que era capaz.

Finalmente, Corday gruñó:

—¿Cómo nos demuestra usted que es cierto cuanto dice, Lombard?

—Desde aquí no puedo demostrárselo, de manera que tendrá que tomarlo o dejarlo.

—Ya veo... Y sigue pidiendo los cien mil, ¿eh?

—No, Corday...

Un tanto extrañado, se inclinó un poco sobre mí.

—¿Ha cambiado de idea acaso? —gruñó.

—Eso es. Los cien mil dólares era el precio primitivo, cuando creía que nos entenderíamos amistosamente, como hombres de negocios. Ahora he de cobrarme los golpes y malos tratos... daños y perjuicios, ¿está claro? Ciento cincuenta mil, Corday, o jamás verá las planchas.

Palideció de furia contenida. Desde el camastro, Quarles rió quedamente. Yo aguanté la ardiente mirada del pistolero sintiendo el miedo entrar en tromba dentro de mí. Pero no me quedaba más remedio que sostener el tipo. Lo único capaz de impresionar a esa clase de matones es la seguridad y el valor de un hombre, así que no me quedaba otro camino que el emprendido.

Al fin, Corday refunfuñó:

—No voy a darle semejante suma, Lombard.

—Bueno.

Las cuerdas estaban aflojándose rápidamente, pero todavía no podía ni soñar con librar mis manos.

El criminal añadió:

—Voy a dispararle un par de tiros a las rodillas, Lombard. Creo que eso será suficiente para convencerlo. Si no es así quedan otros lugares en su cuerpo a los que agujerear...

—Hágalo y jamás tendrá las planchas.

—Veremos...

Hizo una seña a uno de sus gorilas. Lo vi sacar un revólver de cañón corto y plantarse ante mí. En su cara brutal no había ninguna expresión. Era igual que una máscara.

El bastardo bajó el revólver. Se me antojó tan grande como un cañón. Entonces sonó un estampido, un cristal saltó hecho añicos y el pistolero del revólver cayó hacia adelante aplastándose bajo su peso.

CAPÍTULO IX

Dentro de la pequeña habitación se desencadenó el infierno antes incluso de que se extinguiera el eco del disparo.

Corday aullaba órdenes desde el quicio de la puerta, mientras sus esbirros buscaban parapetarse y dirigían el cañón de sus armas hacia la ventana, uno de cuyos cristales había saltado en pedazos.

—¡Imbéciles! —gritó Corday—. ¿Qué esperan para disparar?

Lo hicieron casi con timidez. Realmente, no tenían a quién dispararle, ya que fuera no se veía nada en absoluto. Y ninguno se atrevía a asomarse a la ventana por temor a que le volasen la cabeza.

Sobre mí, el peso del pistolero me inmovilizaba. Pude ver la sangre que brotaba de su agujereada nuca y el espectáculo no resultó nada agradable. Sin embargo, me senda de pantalla para mis manejos. Podía mover las manos con más soltura sin temor a ser descubierto.

El estruendo de la andanada de disparos amenazó con reventarme les tímpanos. El resto de cristales de la ventana saltaron hechos polvo, pero nadie respondió al fuego. Resudaba absurdo aquello.

Corday reaccionó violentamente.

—¡Vamos, hay que buscar al que ha disparado!

Salió de estampía, seguido por sus compinches. No obstante, escuché su voz en alguna parte, aullando como un lobo, y casi al instante uno de los pistoleros volvió sobre sus pasos y vino a instalarse en la habitación.

—No hagan el tonto, muchachos —nos advirtió el gorila—. Tengo orden de liquidarlos si tratan de escapar, así que...

Fue a colocarse a un lado de la ventana, dispuesto a fusilar al primero que asomara por ella. Yo seguí luchando con las ligaduras y Quarles, desde la cama, se entretuvo en insultar al pistolero metódicamente.

Ni siquiera le hizo caso.

De pronto, dejó de maldecir a los antepasados del gorila y gruñó:

—¿Quién cree que ha disparado?

—No lo sé, pero sea quien sea ha salvado mis piernas. Espero poder darle las gracias algún día.

Fuera, se escuchaban los pasos apresurados de los pistoleros rastreando el terreno. Pero por lo visto no encontraban ni rastro del misterioso tirador.

Mis muñecas estaban tan laceradas y doloridas que ya no tenía tacto en ellas. Estaban insensibles. Pero no por eso cesaba en mi empeño. Por si el pistolero me miraba decidí hablar sin cesar para distraerlo, de manera que me dirigí a Quarles.

—¿De dónde han salido esas condenadas planchas, Quarles? Aproveche para informarme...

—Pues sí que está la situación como para perder el tiempo con informes...

—Hable, Quarles, por lo que más quiera. ¿De dónde salieron?

Me miró. Yo le hice una seña indicándole el vigilante y él comprendió al fin. Y lo que dijo a continuación me dejó helado.

—Yo las saqué de la fábrica de moneda, Lombard... Eran unas planchas destinadas a ser destruidas porque tenían un diminuto defecto de grabado. Pero es algo tan insignificante que solo puede advertirlo quien sepa dónde buscarlo, por lo demás los billetes serían perfectamente normales.

—¿Qué diablos hacía usted en la fábrica de moneda?

—Estaba empleado allí, Lombard.

—Ya veo...

—Me apoderé de ellas sin dificultad alguna. Es más, hice constar que habían sido destruidas y presenté los restos. Naturalmente, eran trozos de metal casi fundido, la misma clase de metal que...

—Entiendo, entiendo —le interrumpí—. Ahora dígame qué sucedió después.

—Bueno... yo pensaba vender las planchas, naturalmente. Pero no tenía contactos adecuados. No conocía a la gente capaz de emprender ese negocio. Entonces conocí a un tipo llamado Johnny Graves y le hablé del asunto.

—¿Graves? Yo he oído ese nombre...

—Es posible. Se quedó con las planchas y me largó un par de tiros. Me dejó caer por un terraplén y me dejó por muerto... y se marchó con el botín. Fui un estúpido.

—Lo fue al quedarse con esas planchas a mi entender. Pero siga...

Vi que el pistolero, desde su posición al lado de la ventana, estaba pendiente de las palabras de Quarles, que era lo que yo deseaba, ya que mis manos se movían ahora con gran holgura entre las cuerdas. Unos minutos más y estarían libres.

Fuera ya no se escuchaban los pasos de los pistoleros. Debían haberse apartado del rancho en su búsqueda.

Quarles prosiguió, dirigiendo una mirada interesada al pistolero:

—Entonces intervino mi hermana. Decidió por su cuenta y riesgo

devolver las planchas o hacer que fueran destruidas y se puso en contacto con la oficina federal de Los Ángeles. Mandaron un agente y ambos hicieron una especie de trato... Él se comprometió a hacer cuanto pudiera para dejarme al margen, o por lo menos descargarme de cuanto culpa le fuera posible, y mi hermana le informaría de cuanto sabía, además de llevarle a donde Graves se había dirigido, que era a Las Vegas. ¿Comprende ahora?

—Creo que sí. ¿Cómo se llamaba ese agente federal?

—Larry Nash.

Noté una especie de desgarrón en mi interior. Al fin sabía toda la verdad y con los detalles suficientes para formarme un cuadro completo de lo sucedido.

—Ya veo —dije—. Nash consiguió acabar con Graves, ¿no es así?

—Bárbara me lo contó... Sí; Nash acorraló a Graves en el desierto. Tuvieron una auténtica batalla y Graves mordió el polvo, con lo que Nash se apoderó de las planchas. Lo que sucedió después no lo sé, Lombard. Babs no ha tenido tiempo de contarme nada esta noche.

—Nash fue asesinado por dos pistoleros de Corday, pero ellos cayeron también. Un federal no es un cualquiera y acabó con ellos. Imagino que Corday es el capitalista a quién Graves pensaba endosar las planchas. Según dice Bárbara, Larry Nash tenía que haberse puesto en contacto con ella la misma noche que lo mataron para ultimar los detalles del regreso a Los Ángeles.

—Comprendo... Me he ganado una medalla —refunfuñó, amargado.

Mis manos dieron el último tirón y la derecha quedó fuera de las cuerdas. Permanecí inmóvil, sintiendo los locos latidos del corazón alborotarme la sangre por todo el cuerpo. No obstante, no me atreví a mover ni un dedo hasta tanto no hubiera recobrado el tacto en ellos...

Estaba pensando cómo hacer para distraer al pistolero cuando un seco estampido resonó en alguna parte, a cierta distancia del rancho.

El hombre, con el revólver en la mano, asomó la cabeza con infinitas precauciones. No sucedió nada y el tipo adquirió confianza y se inclinó por la ventana, intentando atravesar la oscuridad del exterior.

Aproveché para deslizarme de lado, zafándome del corpachón que hasta aquel momento me había servido de pantalla. Sangre del cadáver manchaba mis pantalones.

El revólver que el fiambre había empuñado estaba debajo de sus piernas. Fue un juego de niños empuñarlo con mi mano derecha, aunque no lo moví todavía porque me di cuenta que me faltaban las fuerzas en los inertes dedos.

El gorila se irguió, apartándose de la ventana. Un nuevo disparo se dejó oír en alguna parte. Hubo algunos gritos...

—Parece que se divierten ahí fuera —comentó Quarles con voz tensa.

El pistolero gruñó:

—Cállense ahora.

Estaba de espaldas a nosotros, atento a lo que sucedía en el exterior.

Poco a poco, deslicé la mano con el revólver empuñado. Me costó un esfuerzo desacostumbrado levantarla y apuntar a la espalda del pistolero.

Entonces dije:

—¡Suelta el revólver, muchacho!

Giró como una peonza, pero sin soltar el arma ni mucho menos. Tiré del disparador al mismo tiempo que él y los dos estampidos se confundieron en uno solo.

Pero hubo una diferencia. Mi bala le entró por encima de la nariz. La suya hizo estremecer el cadáver que todavía tenía sobre mis piernas.

Quarles soltó una exclamación desde el camastro, pero no le hice ningún caso. Comencé a luchar furiosamente con las ligaduras de mis tobillos. Tardé varios minutos en soltarlas y ponerme en pie de un brinco.

—Bueno, ahora veremos qué dicen esos caballeros... —comentó mi compañero.

Me acerqué al pistolero que yo había matado y me apoderé de su revólver. Hecho esto fui a luchar con las ligaduras de Quarles, mientras en el exterior sonaban dos disparos más, unos gritos, y una andanada de balazos que pareció no terminar nunca.

—Maldita sea su estampa —graznó Quarles—. ¿Con quién estarán peleándose?

—Pronto lo veremos...

Sus manos quedaron libres, aunque más entumecidas que las mías. Cuando le solté los pies y le entregué un revólver pareció revivir de golpe.

—Vamos a ver qué pasa ahí fuera.

Los dos abandonamos la habitación rápidamente. No hubo dificultad alguna en salir al exterior. Descubrimos dos coches a un lado del rancho, pero las voces llegaban del lado opuesto, de manera que nos dirigimos hacia allí a todo correr.

Pronto descubrimos de qué se trataba. Corday y sus hombres habían logrado cercar a sus enemigos en el camino que llevaba al rancho. Pudimos ver un coche parado y a los pistoleros ocupando posiciones alrededor del vehículo, aunque manteniéndose a cierta distancia del mismo.

—Bueno, la cosa está clara —dije en voz baja—. Vamos a pillarlos entre dos fuegos. Usted quédese aquí, Quarles, mientras yo me deslizo más hacia la derecha. Cuando yo empiece a disparar hágalo usted, pero contando con que solo tenemos los cartuchos del cilindro. ¿De acuerdo?

—Serán suficientes. Suerte, Lombard.

Arrastrándome como un indio, llegué hasta unas piedras que podrían servirme de parapeto. Desde allí veía a uno de los pistoleros, de manera

que apuntes cuidadosamente, tiré del disparador y el hombre pegó una voltereta en el aire como si quisiera volar.

El estampido atrajo la atención de los otros, pero no tuvieron mucho tiempo para buscarme. Quarles abrió fuego con su «33», y debió acertar de lleno porque sonó un alarido y al instante los ocupantes del coche comenzaron a disparar también, animados por la súbita ayuda.

No duró mucho la batalla. Cayeron dos pistoleros más y las armas enmudecieron. Desde su escondrijo, Quarles gritó:

—¿Está usted bien, Lombard?

—Perfectamente. Vamos a ver quién hay en el coche...

Nos deslizamos hasta juntarnos. El murmuró:

—¿Queda alguno?

—No lo sé, creo que no... Ahora tenemos que preocuparnos de que los del auto no nos vuelen la cabeza...

—Eso es cosa mía —dijo, irónico—. ¡Eh, los del coche! —gritó—. ¡No disparen!

La respuesta nos dejó clavados en el suelo, atónitos. Porque fue una voz de mujer la que gritó:

—¡Troy! ¿Estás bien?

—¡Dios, Bárbara! —exclamó Quarles, poniéndose en pie de un salto.

Echamos a correr abiertamente hasta el auto. Las portezuelas se abrieron y Bárbara saltó al suelo, seguida de un hombre. Los dos hermanos se abrazaron estrechamente, mientras yo me quedaba contemplando la pálida cara de Antonio, el camarero mejicano.

—¿De dónde diablos sales tú, muchacho? —pregunté en el colmo del asombro.

Todavía pálido como un cadáver, enseñó sus brillantes dientes en una alegre sonrisa. Sin embargo, fue Babs la que explicó, separándose de su hermano:

—Lo encontré en tu hotel, Vince. Él estaba esperándote, y yo fui allí desesperada porque habían capturado a mi hermano. Hablamos, me contó lo que te había sucedido... y entonces pensé que si era Corday quien estaba detrás de todo forzosamente debía tener un lugar aislado al que llevar sus prisioneros. Fue Antonio quien descubrió este rancho...

—Bueno, alguien debería recompensarlo digo yo —comentó Quarles, rascándose la coronilla—. Sin embargo, estoy sin blanca en estos momentos...

El ruido de un coche al ponerse en marcha y alejarse a toda velocidad le interrumpió. Solté una maldición y eché a correr hacia el rancho.

Solo quedaba un coche. Cuando los demás se reunieron conmigo, Quarles anunció:

—Es Corday el que ha escapado, Lombard... Todos los demás están tumbados, pero él ha desaparecido.

—Bueno, no irá muy lejos. ¿Qué les ha pasado con el coche?

—Bueno, señor, tratábamos de distraer a esos cerdos, ¿sabe? —la voz de Antonio se elevó a medida que recobraba la serenidad—. Pero nos han reventado los neumáticos dejándonos clavados en el camino...

—Bien, hay que volar hacia Las Vegas, de manera que al coche.

Volamos realmente. Era un «Buik» último modelo y le arranqué tal velocidad que hasta los fabricantes se hubieran asombrado de haberlo podido ver.

Desde el asiento de atrás, Bárbara comentó con amargura:

—Lástima que se hayan perdido las planchas, Vince... Le costaron la vida al pobre Nash y...

—Olvídate de eso ahora —dije entre dientes—. Ya pensaremos más adelante dónde pueden estar...

Detuve el coche en las cercanías de «The Cavern» y me volví para enfrentarme con mis pasajeros.

—Estoy seguro que Corday habrá venido aquí. Es su cuartel general, y donde seguramente tiene su caja fuerte. Estará reuniendo dinero para largarse, pues cuenta con que le denunciaremos. Es el momento de hacerle la visita final.

—Vamos —gruñó Quarles.

—Un momento —le atajé—. Eso es asunto mío. Ustedes se quedan aquí durante diez minutos. Si en ese tiempo no he regresado pueden pasar a cuchillo a cuantos haya dentro del local.

No esperé su conformidad, sino que salté fuera del coche y entré en «The Cavern» sin detenerme. La puerta que conducía al despacho de Corday estaba abierta y no había nadie arriba, al final de las escaleras.

Sin embargo, la puerta de la oficina estaba cerrada.

Intenté escuchar a través de ella y me pareció oír un leve rumor. Bien, ya saldría...

Tardó seis o siete minutos en aparecer. Llevaba un maletín en la mano y parecía tener mucha prisa.

—Quieto ahí, Corday —dije, desde mi rincón—. Y tómelo con calma si desea seguir respirando.

Quedó tan aterrado que el maletín escapó de sus manos. Me eché a reír y me acerqué a él con el revólver por delante.

—Bien, Corday, tenemos algo pendiente todavía...

Tomé el maletín. Era muy pesado.

—Entre en el despacho, compañero...

Obedeció y yo hice lo mismo detrás de él. Cerré la puerta de un puntapié y, tras colocar el maletín sobre la mesa, solté los cierres.

—Creo que te has precipitado, Corday —dije, abriendo la tapa. Antes de emprender un viaje hay que dejar los asuntos solucionados...

Había tal cantidad de billetes que por poco no caí de espaldas.

—¿Cuánto hay aquí, gran hombre?

Me miró de manera asesina.

—Doscientos mil...

—Buen pellizco... Cincuenta mil más de los que tenías que pagarme. Pero no importa, los acepto también.

Cerré el maletín. Había llegado el momento más difícil, salir del despacho sin dejarle mover un dedo, ya que yo sabía que estaba armado.

—Voy a largarme de aquí, Corday —le dije suavemente—. Si eres inteligente, te quedarás quieto hasta que me haya ido, satisfecho de seguir con la cabeza sobre los hombros. Pero si no eres inteligente...

Retrocedí hacia la puerta. Él me siguió con la mirada fija igual que una serpiente. Abrí la puerta y antes que pudiera cerrarla Corday pegó un salto y cayó cerca de una butaca.

Disparé sin dudarle un segundo. Él había sacado la pistola y tampoco vaciló en mandarme un plomo, pero ambos fallamos por una buena distancia. No me entretuve ya en cerrar la puerta, sino que eché a correr hacia la escalera, apartándome de su línea de tiro.

Estaba llegando abajo cuando escuché sus pasos lanzados a la carrera. Bien, él se lo había buscado...

Giré sobre mis talones y aguardé. El asesino surgió arriba tan velozmente que apenas si pudo detenerse cuando me descubrió, pero ya no le sirvió de nada. Recibió el balazo en pleno pecho y el impulso del proyectil lo empujó hacia atrás, de manera que lo perdí de vista.

Ya no me quedaba nada por hacer allí dentro, así que salí llevando el maletín en una mano y el revólver en la otra.

La gente estaba apiñada en el vestíbulo que separaba los dos locales, atraída por los estampidos. Solo la vista del revólver en mi mano hizo que se abrieran pacíficamente dejándome paso.

Segundos después corríamos con el «Buik» a toda velocidad, alejándonos de aquellos alrededores.

Quarles indagó:

—¿Y ese maletín?

—¿Qué ha sido de Corday?

—Imagino que ha pasado a mejor vida...

—El precio de tanto jaleo, muchacho. Yo no trabajo gratis... jamás.

Quarles detuvo el coche en una calle lateral, desierta. Las primeras luces del amanecer asomaban en el horizonte y todo mi cuerpo me dolía con tal intensidad que parecía que todos mis huesos estuvieran rotos.

Babs murmuró:

—¿Qué piensas hacer ahora, Vince?

—Repartir el botín y dormir dos días seguidos... Y ahora que recuerdo, tenemos que sacar el «Cadillac» del aparcamiento o el guardián armará un alboroto.

—No te preocupes por eso, está alquilado a nombre de Larry Nash, de manera que se volverán locos si buscan al propietario...

Babs rió, acariciando las manos de su recuperado hermano. Pero yo no tenía malditas las ganas de reír.

—¿Quieres decir que Nash fue quien alquiló el «Cadillac»? —quise saber.

—Sí.

—Pero él ya tenía otro coche alquilado... un «De Soto».

—Eso no lo sé, pero él me dijo por teléfono que había alquilado ese coche para mí y que me marchara con él fuera de la ciudad, a cualquier motel...

Pensé un rato sobre eso. Me parecía más que sorprendente... hasta que de repente le ordené a Quarles conducir el coche hacia el aparcamiento en que yo había dejado el «Cadillac».

No hubo dificultad alguna para sacarlo. El guardián cobró la propina y ni siquiera me miró.

Desfilamos un coche tras otro hasta un lugar solitario. Allí, y ante la expectación de los demás, abrí el portaequipajes del «Cadillac» casi seguro de haber acertado en mi sospecha.

Pero estaba completamente vacío. Babs no pudo ocultar un suspiro, casi un gemido ante el nuevo fracaso.

—Tienen que estar aquí... ¿Por qué si no habría Nash alquilado este cacharro para Bárbara? Quiso ocultar las planchas en él, sin que ni Babs lo supiera para que no pudiera cometer una indiscreción. Después la habría informado... pero los pistoleros se lo impidieron...

Cerré el baúl y entre Quarles y yo comenzamos a registrar el interior del auto...

Estaban debajo del asiento trasero, cuidadosamente envueltas y colocadas ordenadamente. Casi grité al verlas.

Nos quedamos un rato mirando aquellos trozos de metal que tanta sangre habían costado. Quarles tomó las planchas y con ellas en la mano me miró largamente.

—Yo las devolveré —dijo secamente—. Es hora de que enfrente mis propias responsabilidades...

—¡Troy!

Bárbara lanzó una exclamación, pero le rodeé la cintura con el brazo y la atraje hacia mí. Con voz queda le murmuré al oído:

—Déjalo. La Oficina Federal de Los Ángeles sabe lo que tú y Nash habíais tratado, ¿no lo comprendes? El debió mandar algún informe... y pueden llegar a creer que tu hermano está mezclado en su muerte. Es mejor que se presente con las planchas. Después de todo, no le saldrán muchos años... y tras ellos será un hombre limpio otra vez.

Quarles sonrió forzosamente.

—Eso es, Babs —dijo—. Y creo que Lombard cuidará de ti...

—De eso no te quepa duda —dije. Me volví y estreché la mano de Antonio, que me sonrió de oreja a oreja—. Tengo algo grande para ti... que te traeré a la noche, cuando vengamos a cenar «Al Patio». ¿De acuerdo?

—Perfecto, señor. ¿Ya no quiere probar suerte en la ruleta?

—He ganado ya, Antonio, aunque haya sido un juego más ruidoso que la ruleta: Y ahora lárgate.

Miró a Babs. Me miró a mí y de nuevo a la muchacha. Asintió con un gesto y se marchó, riendo.

Quarles gruñó:

—Creo que me encargaré yo de devolver el coche... Nos veremos en mi hotel. Babs sabe cuál es...

Nos dio la espalda y poco después se alejaba con el «Cadillac» y las planchas. A mis pies quedó el maletín.

—Tendremos que informar a la policía, Babs —dije entonces.

—Tú podrás hacerlo... cuando hayamos descansado.

—¿A qué llamas tú descansar?

La abracé y su boca subió al encuentro de la mía. Fue un beso capaz de dejarnos sin aliento.

Cuando se apartó, jadeante, murmuró:

—¿Es que estás pensando en los beneficios de tu ayuda?

—Naturalmente.

—Estás agotado, Vince...

—Puedo resistir un poco más. No vas a largarte sin pagar, niña.

Me besó fugazmente y después se colgó a mi brazo. Levanté el maletín y echamos a andar por la solitaria calle. No muy lejos, ya amanecido, continuaba el estruendo en Fremont Street. Las Vegas no duerme jamás...

Me dije que los folletos turísticos habían dicho la verdad por una vez. Estábamos en un paraíso...

Apreté el brazo de Bárbara. Ella me miró y con voz un tanto vacilante le dije:

—Y tú eres Eva.

—¿Qué?

—Olvidalo.

Nos echamos a reír como dos chiquillos. El maletín pesaba lo suyo. Era un peso agradable después de todo.

El hotel «Carmichael» no estaba lejos.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





L A S A R A Ñ A S

por

CLARK. CARRADOS

Más arañas, muchas arañas. A cientos, a miles, formando espesos batallones, inmensas manadas que ennegrecían el suelo y parte de las paredes del túnel. Muchas, también, venían por el techo y se descolgaban súbitamente, cayendo sobre sus compañeras y uniéndose a éstas en su irresistible marcha.

El hombre estaba perdido y lo sabía. Una picadura de uno de aquellos arácnidos era mortal. En pocas pero terribles horas, llegaba el fin.

May estaba a su lado, contemplando con ojos aterrorizados el irrefrenable avance de aquella marea negra. El espanto había inmovilizado sus piernas.

En pocos segundos más, las arañas cubrirían su cuerpo. Algunas de ellas trepaban ya por las piernas del hombre, cuyo rostro aparecía sacudido por frecuentes espasmos de dolor y al que el veneno del arácnido causaba ya una parálisis progresiva, que dificultaba considerablemente sus movimientos.

*¿Cuál era el espantoso secreto de aquel
sueño?*

¿Por qué May veía la muerte?

USTED SE ESTREMECERA leyendo

L A S A R A Ñ A S

¡próximo número de esta sensacional serie!



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONÀ (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1712*